

5º Encuentro de
escritura
colectiva

La casa de la torre




Torrejón de Ardoz
AYUNTAMIENTO

  Torrejón de Ardoz
torrejón cultural



5^o Encuentro de
escritura colectiva

La casa de la torre



Queridos lectores

Es para mí un placer presentarte esta quinta edición del Encuentro de Escritura Colectiva, que este año hemos dedicado al género de novela histórica-romántica; Este es el resultado de la imaginación y creatividad de los alumnos de escritura creativa de los cursos que se imparten en los centros culturales de Torrejón de Ardoz.

Además de contener una historia de amor entre sus protagonistas, esta historia plasma nuestro amor por “La Casa de la Torre”, un edificio histórico de Torrejón de Ardoz, tristemente desaparecido, del que sólo conservamos fotografías antiguas, vagos recuerdos y leyendas de los vecinos que lo conocieron. Con este libro queremos rescatar su importancia como edificio histórico y hacer que su recuerdo permanezca en la historia de nuestro municipio.

Espero que disfrutéis de su lectura y que despertemos en vosotros el interés por la popularmente conocida como “Casa de La Torre”.

Alejandro Navarro Prieto
Alcalde de Torrejón de Ardoz

José Antonio Moreno de Torres
Concejal de Cultura





Participantes “La casa de la torre”

Adrián Campos D’Aniello
Alfonso Martín Bautista
Ana Urquijo Cuesta
Antonia Gago Carrero
Chon Martín
Belén López Moya
Cami Hernández
Carlos Sánchez
Carmen Frías German
Enrique Sánchez Ferrera
Eugenia Blanco Montero
Francisca Martín-Loeches Soler
Paco Cobo
Gala Navarro
Juan Ramón Luque Ávalos
Lola Remesal Rodríguez
Margarita Rincón García del Morral
María Ascensión García López
María José Cerro González
María Margarita Rasquin Montiel
Miriam Carrascosa Sánchez
Oliver Santos
Patricia Oliva
Pedro Beltrán Alcántara
Pilar Pozo Barberá
Raquel Sanz García
Rocío Galea
Tomás García
Victoria Candel Carrasco

Organiza

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz.

Director del proyecto

Mario García Molina

Coordinación

Martha Durán Rodríguez y María del Carmen García Vizcaíno

Corrección

Martha Durán Rodríguez / Enrique Sánchez Ferrera

Portada

Juan Ramón Ávalos

La edad de la inocencia 2024

[Acuarela, papel Arches 300 g. 40,5 x 19 cm]

© 2024 Juan Ramón Ávalos

Imagen cedida por el autor para la portada del libro *La casa de la torre*

Edita

Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz

Maquetación

Fernando Gil



Presentación

De nuevo nos convocan la literatura, la pasión por contar y la búsqueda del sentido desde la palabra. Nos entusiasma la certeza de saber que cada año somos más los que, en nuestra localidad, compartimos el placer de la escritura. Estamos construyendo, cada vez con mayor fuerza, una comunidad literaria. El esfuerzo individual por darle forma a este proyecto común, por prestar la voz propia y cederla al encanto y la realidad de la historia que nos convoca, es la muestra más clara de la vocación literaria de todos los que han participado en la escritura de este texto. Así, el libro que el lector tiene en sus manos es el resultado de esa apetencia individual por contar, pero también el reconocimiento del valor colectivo de esa enunciación.

Este año, el Encuentro de Escritura Colectiva, que ya alcanza su quinta edición, tiene como *leitmotiv* un edificio que perteneció al Conde de Catres y que estuvo ubicado en la calle de Las Marquesas con Manuel Sandoval. La Casa de la Torre, como es conocida popularmente, no solo es el escenario donde se van a mover los personajes de la historia, sino también el elemento central para la construcción de la trama. Esta vivienda, cuyos muros y torre permanecieron firmes hasta la década de 1970, sigue presente en el recuerdo de muchos torrejoneros, en esa memoria personal enriquecida con las historias de quienes llegaron a conocerla, incluso a habitarla, evidenciando así esa conciencia histórica que entiende el valor de las cosas que arrastran la memoria de otros tiempos.



La novela romántica ha sido el género elegido para esta edición. La historia está ambientada en el Torrejón de Ardoz del año 1970, donde los personajes principales van a vivir un momento crucial de sus vidas al enfrentarse consigo mismos y con su entorno, descubriendo en esa casa de la infancia sus anhelos y necesidades más recónditas. Los acontecimientos narrados en esta novela corta, así como sus personajes, pertenecen completamente a la ficción; sin embargo, cada uno de los participantes intentó reflejar el espíritu y la vida de una época a partir de la evocación de imágenes y sucesos propios de aquellos tiempos.

De esta forma, espacio y tiempo se conjugan para dar a conocer parte importante de la historia de Torrejón de Ardoz, algo esencial para entender la identidad de un pueblo a través de sus costumbres, valores y creencias. No se trata solo de rescatar o recopilar fechas y eventos significativos, sino de alimentar ese tejido de experiencias compartidas que van escribiendo la biografía de una comunidad para fortalecer y consolidar ese sentido de pertenencia entre sus miembros. Esta es una de las motivaciones y objetivos de este proyecto, establecer el diálogo como herramienta esencial para impulsar la creación literaria a partir del trabajo y esfuerzo colectivos.

Martha Durán Rodríguez

La casa de la torre



La casa es, más aún el paisaje,
un estado del alma

GASTÓN BACHELARD

I

Cuando era niña, a Manuela le gustaba pensar que la casa, en los momentos de mayor tranquilidad, era un gigante que dormía su vejez, un gigante arropado con esa manta esmeralda que cubría parte del tejado. No sabía cuándo había dejado de creer en aquella fantasía feliz ni cómo esta se fue desvaneciendo hasta concentrarse en los dos espejos que custodiaban la chimenea del salón. Los ojos del gigante: eso era lo que veía en aquellos cristales ovalados. Este recuerdo le llegó mientras miraba los espejos desde el sillón, solo que ahora los sentía como fósiles de alguna extraña era geológica, de un tiempo muy lejano que le costaba evocar pero que sentía todavía vivo.

Esa misma mañana había quitado el polvo de portarretratos y jarrones, limpiado ventanas y sacudido manteles y cortinas con la tranquilidad de una casa que se sostiene con sus pasos. Y de pronto todas las cosas que la conmovían y que despertaban su memoria se tambaleaban por culpa de ese pedazo de papel que no lograba entender. La casa le cabía en la palma de la mano, era como si pudiera doblarla y guardarla en un cajón para protegerla.

Manuela calló al recibir la notificación, no supo qué decir cuando aquel hombre le extendió el sobre y la informó del contenido de la carta. Era lo que hacía cuando no entendía lo que pasaba: guardar silencio para medir las consecuencias de la noticia nueva, del gesto incomprensible, de la ausencia inesperada.

«Tiene noventa días para desocupar la casa. Al haber fallecido sus dueños y no tener herederos que la reclamen, pasa a ser propiedad del Estado, el cual ha decidido ponerla en venta», le había dicho el hombre. Manuela movió los labios, pero no pudo emitir sonido alguno.



«Lo siento, yo soy solo el mensajero. Para cualquier duda o gestión acuda a nuestras oficinas», concluyó. Se dio la vuelta y se fue.

Ella cerró el portón, apoyando en él la frente, con la carta en la mano. Se la guardó en el bolsillo trasero de los pantalones y entró al salón. Y ahí estuvo unos minutos con su recuerdo infantil. Acarició el borde de uno de los espejos y vio su imagen en la superficie plateada: una mujer alta, con curvas y un pelo largo castaño que le llegaba hasta el pecho. Unos ojos tristes y melancólicos destacaban en su rostro ovalado.

Salió de ahí y caminó hacia el oratorio. Respiró el silencio de aquel lugar sagrado y, en absoluto recogimiento, rezó como nunca lo había hecho antes. Manuela no era creyente como su madre, pero hoy necesitaba el silencio de aquel hermoso lugar.

Recordó cuando España se rompió en dos pedazos y cómo, con apenas diez años recién cumplidos, su madre la había abrazado en ese espacio donde ahora se encontraba, diciéndole aquellas palabras que la guiaron cada vez que se le presentaba un problema: «Ya verás que todo tiene solución». Todavía la echaba de menos después de tantos años y aún le parecía verla recogiendo la ropa del tendedero, barriendo la entrada o sonriendo a los juegos de los perros.

Allí, mirando la imagen de la Virgen en su hornacina, sintió la presencia de su madre. Sintió también a la señora Antonia, una mujer fuerte, resolutiva y seria, que dirigía con firmeza los destinos de todos los habitantes de la casa. Nada ocurría sin que ella se enterara, se encargaba de que cada cual realizase su cometido. A veces, la señora Antonia le parecía una muralla férrea, una fortificación que podía soportar el más terrible de los asaltos. Con el único que no había podido haber sido con su marido, que entraba y salía de la hacienda en su caballo a su antojo. Cuando el señor Ignacio murió en la guerra, algo se le rompió dentro.

Fue Antonia quien enseñó a Manuela a tocar el piano y a admirar la buena literatura, ambas cosas con una disciplina que también la ayudó a forjar su carácter y hacerla resistente al desaliento. Tenía muy presentes las tardes en la biblioteca leyendo mientras la señora bordaba junto a la ventana. Al salir, esta preguntaba a Manuela por

lo leído y le ayudaba a formar opinión, a ser crítica, incluso con los clásicos.

Al salir de la capilla y mirar hacia atrás, le pareció verlas mirándola desde el reclinatorio. Cerró la puerta y caminó con los perros rodeando la casa hacia el patio grande, donde los encerraba durante el día con una puerta de chapa, por la tarde los liberaba de nuevo. Los ladridos nocturnos eran algo con lo que se convivía en todos los pueblos de España, como los grillos. Con la mano rozó la panza de la tinaja al pasar, un gesto que le había visto hacer siempre a los señores. Pasado el tiempo, ella también se sintió señora de la casa, pese a haber sido la hija del ama de llaves, e hizo suyo el gesto. La señora decía que era símbolo de abundancia, de riqueza... «y la tinaja siempre llena», concluía en muchas ocasiones.

En esa casa que todos llamaban «la Casa de la Torre» había crecido. Su capilla se levantaba de forma altiva, garbosa y vigilante en una columna cuyo tejado ofrecía un manto a la cruz que la coronaba. Tenía un salón comedor grande con lámparas de araña, una cocina donde su madre preparaba la comida para la familia, una sala con un ajedrez como protagonista, el despacho de los señores, la capilla... Pero sus espacios favoritos eran la biblioteca y la Sala de los Negros, llamada así porque un piano de cola negro daba el alma al espacio. Las puertas eran pesadas, con cancelas de hierro, y las ventanas tenían el tamaño de las puertas.

Después de dejar a los perros, caminó hacia el patio mirando absorta el empedrado. Con los ojos en el huerto y el jardín aledaño, se paró escuchando unas voces infantiles en su cabeza:

—¡Te toca a ti!

— 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10...—decía una de las voces cada vez más deprisa.

—¡Hasta 20!

—15, 16, 17, 18, 19... ¡y 20! ¡Que voy!

Eran Alonso, Pedro y ella misma en el jardín jugando, corriendo, riéndose entre los árboles, los maizales y las cajas de fruta. Habían sido niños juntos, con la casa.



—¡Por Alonso!

—¡Por mí, por mis compañeros y por mí el primero!

—No vale, lo habíamos dicho. La caseta de los perros no vale.

Después empezó la guerra y no hubo lugar para más juegos. Cuando terminó, ya no eran los mismos y casi nada sabía de ellos. Pero antes de aquel terrible conflicto habían sido felices, con ese tipo de dicha tan absoluta que suele inundar las almas infantiles cuando son afortunadas. Al menos así lo sentía Manuela cada vez que se empeñaba en recordar esa época, algo que cada vez sucedía con mayor frecuencia. Siempre terminaba con la misma reflexión y confiaba en que sus compañeros de infancia, al volver la vista atrás, tuvieran una opinión similar; aunque ya no estaba segura de eso, porque ya no podía estar segura de nada.

Desconfiaba de sus propios recuerdos, de su propia vida, no solo por el paso de los años o por el simple hecho de que hubiese perdido el contacto con sus amigos hacía tanto tiempo, sino porque todo su sistema de creencias se había desmoronado en cuestión de segundos tras leer el mensaje que se anunciaba en la misiva certificada. Y aunque las blancas paredes de la casa se empeñasen, en aquel preciso instante, en reflejar con esmero la luz que entraba por los grandes ventanales, no había creado la naturaleza un foco lo suficientemente potente, no bastaría siquiera el mismo sol, para iluminar su alma, donde ahora predominaban los recovecos oscuros, rincones formados ante el crecimiento de sus dudas que, como grandes moles emergentes, evitaban el paso de la luz. «Las sombras son solo la ausencia de luz», pensó. Es cierto que la melancolía generada por los recuerdos infantiles, por ese pasado feliz que ya no existía pero que estaba presente en su corazón, conseguía entremezclar alguna sonrisa entre las lágrimas que tímidamente comenzaban a humedecer sus ojos.

Tan ensimismada como estaba en sus pensamientos, anduvo sin darse cuenta sobre sus pasos. Había vuelto al vientre de aquel gigante dormido que hacía mucho tiempo había imaginado que era la casa para terminar de nuevo en el oratorio, donde sus fuerzas flaquearon del todo y terminó de derrumbarse. Ya no rezaba, como

había hecho hacía cuestión de minutos. Tal vez había pasado ya una hora, no lo sabía porque había perdido la noción del tiempo. En cualquier caso, las plegarias se habían transformado en llanto y sus lágrimas se deslizaban por las mejillas para terminar desembocando en los labios. Tampoco miraba a la Virgen, en su estado no podía mirar nada. En este caso, era la Santa Madre de la Iglesia católica la que la observaba. También la observaban con compasión Jesús y sus apóstoles, excepto Judas, representados en una copia de la última cena de la época de Carlos IV. Al menos así lo sentía Manuela, iluminada solamente por la luz que entraba a través de las vidrieras de colores que adornaban los altos laterales de la cúpula. Una bóveda tan blanca, tan pura, que durante siglos había esperado, todavía lo hacía, a que algún pintor la adornase con un fresco que relatase la vida de uno de los santos. Ese había sido uno de los sueños de Manuela. «Algún día», pensó, «o tal vez nunca, quizás ya sea tarde». Se rindió ante su último pensamiento, más pesimista, mientras se sorprendía a sí misma por haber vuelto a aquella visión tan pueril, la de la casa como un viejo gigante que descansa, tan blanca como los sueños de la niña que fue, como las paredes encaladas que la rodeaban, como la cúpula que nunca fue pintada.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz desde la entrada del oratorio.

Las palabras eran las de Federico, al que habían apodado desde muy chico como el Loco de la casa o del palomar.

—Nada —mintió Manuela—, es solo que me he emocionado un poco al rezarle a la Virgen. Ya sabes que en esta casa siempre le tuvieron mucha devoción.

Inventó aquella excusa porque no quería compartir todavía la desdicha que había llegado en manos del cartero.

—No te había visto llorar así —aseguró Federico—. He escuchado al cartero, ¿malas noticias?

—¿Por qué iban a ser malas noticias? ¡Qué cosas tienes, Fede!

—Las palomas están inquietas.

—¿Qué tienen que ver las palomas?



—Los pe... perros están también nerviosos. Los animales predicen cosas.

—Las palomas son animales asustadizos, te lo hemos dicho siempre, Fede. Los perros se habrán alterado por algún ruido. No tienes que preocuparte por nada. ¿Has vuelto a dormir en el palomar?

—Sí, he dormido con ellas.

—Mira que ya tienes una edad y en la casa hay camas de sobra. ¿Por qué no duermes en tu habitación?

—Les recitaba algo de poesía y me quedé dormido.

—Ay, Fede, si sabes que las palomas no te entienden, cuántas veces te lo habremos dicho. Eso es como cuando te dio por recitar a las plantas del huerto. ¿Les has leído algo tuyo?

—No, de Machado.

—¿De Manuel?

—No, de Antonio: *La tierra de Alvargonzález*.

—Pero ¿cómo se te ocurre leerles un poema de Antonio? Anda, que como no tengas cuidado se van a llevar a las palomas detenidas y a ti con ellas. Ni se te ocurra ir contándolo por ahí ni comentárselo a nadie. Tampoco me sorprende que estén asustadas con esa historia tan macabra. Pero bueno, al menos serán las aves más cultas de todo Torrejón —dijo mientras sonreía a Federico, al que consideraba tan enloquecido como buen lector y poeta.

Él le devolvió el gesto cómplice.

—También quería decirte... mira este po... poema. Me lo he encontrado en uno de los huecos del palomar. Dentro. Debía llevar años escondido. Lo debí esconder yo. He escrito muchos poemas, muchísimos. A veces no sé dónde los dejo. Lo he estado leyendo. Lo escribí cuando éramos pequeños. Yo era un mozo. Cuando cuidaba el jardín. Tú ju... jugabas. Jugabas con tus amigos en el patio o te bañabas en la alberca, no lo sé. Léelo, venga, pero espera, todavía no, no lo leas delante de mí, que me da vergüenza.

No había terminado de pronunciar sus últimas palabras cuando salió corriendo por la puerta del oratorio entre risas nerviosas y pequeños saltos esporádicos. «Este Fede, pasarán los años y nunca cambiará», meditó Manuela con cariño sobre aquel personaje que había habitado, al igual que ella, la casa desde su infancia. No podía imaginarse su hogar sin la presencia de Federico, el Loco del palomar, que era siete años mayor que ella y que debía superar, aunque por poco, el medio siglo. Casi nada se sabía de sus orígenes, pues era huérfano y los señores lo habían acogido entre aquellos muros siendo muy pequeño. Manuela, que se había olvidado de la carta del ayuntamiento, cogió con sus elegantes manos el trozo de papel sucio y arrugado, y empezó a leer los versos que tenían como título «El observador»:

Los niños juegan en el jardín,
los niños se bañan en la alberca
y ante la atenta mirada del señor
el poeta labra la tierra.

El huerto crece,
y sus frutos florecen,
como florece el almendro
en primavera.

Naturaleza,
antes muerta,
que con esmero
el escritor maneja.

Los niños siguen jugando:
ríen, cantan,
también discuten,
y el poeta les observa.

Pero también los mira el señor
atentamente,
sobre todo a ella,
los mira como juegan



aquellos días
que no ha montado su caballo
para dejar su hacienda.

«Qué imaginación tiene», pensó Manuela, que no se explicaba aún la facilidad que había mostrado siempre su compañero de hogar a la hora de expresarse en el papel. Una maestría diametralmente opuesta a las dificultades que sufría al hablar con su característico y también extraño modo de comportarse ante el resto de personas. Y en esto pensaba antes de que los ladridos de los perros la sacaran de sus reflexiones. Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo al recordar su conversación anterior. ¿Y si tenía razón? ¿Y si los animales son capaces de predecir los desastres que están por venir? Estrujó un poco el papel amarillento, la preocupación amenazaba con ahogarla. Tomando aire, volvió a mirar el poema ajado. Sus ojos pardos volvieron a una estrofa:

Los niños siguen jugando:
ríen, cantan,
también discuten,
y el poeta les observa.

Un recuerdo muy lejano, enterrado bajo capas de polvo con olor a ceniza y pólvora, cobró vida. En el patio de la casa, los niños del barrio se divertían. No sabían que, a los pocos minutos, la tierra se convertiría en un barrizal. Los críos cantaban, corrían y jugaban con una pelota de retales viejos remendados por una de las madres. La algarabía infantil resonaba en el jardín floreciente y verde. Su inocencia era tan contagiosa que, por un dulce momento, los adultos, al contemplar sus mejillas adornadas con grandes sonrisas, desterraron los susurros de penuria, miedo y sangre, aún sin verter, que les acongojaba.

Manuela tenía toda su atención acaparada por un bribón de ojos azules. Se conocieron cuando no se elevaban un palmo del suelo, era su mejor amigo, pero desde hacía unos años algo había cambiado. No entendía muy bien el sentimiento que le envolvía el corazón cada vez que veía la sonrisa de Alonso; era como un día tor-

mentoso que se esfumaba dejando el cielo despejado, calentándole el rostro con rayos dorados o la emoción de recibir una jícara de chocolate de la señora Antonia cuando recitaba una lección aprendida.

—¡Manuela, vente con nosotras! —gritó Rosa, la hija de la cocinera.

Ella apartó la mirada de Alonso, que discutía con los otros niños por la pelota, y echó un vistazo a las cinco niñas que la esperaban para jugar a la sogá. Mirando de reojo y con desasosiego a Alonso, se acercó a ellas. Dos de las niñas comenzaron a mover la cuerda, cada golpe anunciaba los truenos que amenazaban en la lejanía. Otras dos amigas entraron bajo el amparo de la cuerda, sus coletas rebotando y el canto femenino inundaron el patio:

Ya viene el cartero.
¿Qué cartas traerá?
Traiga las que traiga,
se recibirá.

Pom, pom
¿Quién es?
El cartero
¿Trae cartas?
No.
Pues hasta luego.

Con la última nota, Manuela y su compañera escaparon de la cuerda y volvieron a la fila esperando su turno sin dejar de cantar. Manuela se tocó el rostro cuando una gota le impactó contra la mejilla. El cielo retumbó. Miró hacia las nubes negras y densas. Más gotitas besaron su rostro. El cielo se iluminó y el aguacero cayó sobre los niños, que chillaron de la impresión. El susto les duró poco. Mientras los adultos buscaban refugio del agua como si de balas se tratase, los niños comenzaron a formar bolas de barro y la guerra estalló. Carcajada tras carcajada, disfrutaron como nunca. El barro manchó cabellos, pescuezos, perneras de pantalones, vestidos...



Manuela, escondida bajo el amparo de un árbol, sonrió al ver a Pedro, el mejor amigo de Alonso, con un gran aro de madera haciéndolo rodar con un palo y persiguiendo a Alonso, siempre persiguiendo a Alonso; los zapatos nuevos atados por el cordón colgaban de su cuello sin preocuparse por el barro que le ensuciaba los pies. «Se lo estaban pasando tan bien», pensó. Y, mirando su vestido apenas manchado, se mordió el labio. No quería ver la decepción en los ojos de la señora Antonia si la viera cubierta de barro. Una mancha chiquitina podría ignorarla, pero estar rebozada al igual que el guarro del chiquero... Casi podía oír la regañina de su madre. Un tirón en su mano la hizo salir de su preocupación, había sido Alonso. Sus ojos azules eliminaron el miedo que la frenaba. Sin soltarse las manos, abandonaron la protección de las ramas y se adentraron en el aguacero. Cayeron al suelo, uno al lado del otro, con las cabezas tan juntas que un poco más y sus mejillas infantiles se rozarían. Él, con una sonrisa de oreja a oreja, comenzó a abrir y cerrar brazos y piernas; Manuela, con los mofletes ardiendo de pura felicidad, lo imitó. Volaron juntos en el barrizal. Las risas inocentes se elevaron hasta las alturas. El cielo tormentoso y gris se fue abriendo, revelando parches de color azulado. Manuela no se imaginaba que, en unos meses, de ese mismo cielo, caería algo más que agua y dicha, y que ese mismo color, el de esos ojos infantiles, no los vería nunca más.

Unas gotas saladas desdibujaron la caligrafía elegante de Federico. Manuela se limpió las mejillas afiladas por la madurez y sopló el papel con el corazón apenado. «Tengo que avanzar, no puedo quedarme así, sin hacer nada», pensó. «Por mi madre, que tantas noches sufrió en vela para que todo estuviese a punto cada mañana». Nadie sabía lo que costaba abrir esas ventanas mejor que ella, dejar pasar el aire fresco y que la luz renovara las estancias; ordenar el salón de los espejos atrapando el polvo de las paredes para que al reflejarse todo fuese claridad; barrer y barrer los patios que bordean toda la casa hasta dar la vuelta, y a los dos días volver a comenzar. Toda su vida repasando la gran colección de libros mientras su madre les quitaba el polvo con una pequeña brocha, en la biblioteca podía pasar más de cinco horas seguidas leyendo. Y el mimo se empleaba a fondo en el salón de los negros:

con un trapo pequeño repasaba cada tecla del piano intentando que no sonara ninguna nota para no importunar. Esa actitud era su insignia, era el trabajo, y su sonrisa dibujada era sinónimo de que todo estaba perfecto.

Manuela debía seguir avanzando, también por la señora, quien le enseñó casi todo lo que sabía. Por las tardes se sentaba con ella en el despacho y le enseñaba a escribir y leer, traspasándole su gran pasión por los libros. Por las mañanas recitaban en voz baja las tablas de multiplicar, su voz dulce y armoniosa se escuchaba desde todos los rincones de la casa. Ella fue quien completó su educación hasta llegar a formarse como docente, aunque sin titulación. Muchas veces le insistió en que convalidara sus estudios, pero Manuela le argumentaba que no era necesario y que para enseñar solo cuentan la pasión y el conocimiento. También recordaba sus enfados, sus gestos mohínos y su halo misterioso; y lo que más admiraba de ella era su figura, su porte distinguido y elegante.

El recuerdo de aquella tarde en que el señor se marchó a la guerra era un preciado tesoro. Él se acercó y le pidió que lo escuchara. Hablaba muy despacio y parecía que se paraba el tiempo, sus ojos brillaban. Le explicó que tenía que irse de viaje con unos amigos para cumplir una misión muy importante, tendría que estar lejos durante un tiempo. «Tú también tendrás una misión: Cuídalas y protégelas con todas tus fuerzas, con todo tu corazón. Este es vuestro hogar», le dijo con voz dulce pero decidida.

Su corazón repicaba en el pecho diciéndole que tenía que buscar. Esa misma mañana, después de leer la carta, había recibido una señal, al menos eso pensó al ver entrar un rayo de luz iluminando cada rincón del salón. Una sensación recorrió su cuerpo: esperanza.

Llegada la noche quiso relajarse, descansar y confiar en que con el amanecer del nuevo día llegaría una solución, o que la encontraría consultando a alguien que le pudiera orientar sobre algún procedimiento legal que evitara el desastre que se avecinaba. Ya en la cama cerró los ojos para no seguir viendo el funesto aviso, pero no era posible, lo tenía impreso en la retina. No lograba conciliar



el sueño, le venían a la mente los recuerdos y se le saltaban las lágrimas al pensar que tendría que abandonar la casa donde había nacido, donde había sido instruida, donde había jugado y crecido. Vuelta para un lado, vuelta para el otro. El somier o las patas de la cama producían un soniquete cada vez que cambiaba de postura. ¿También la cama expresaba su angustia o es que, en su desvelo, ella lo oía con mayor claridad? Nunca había reparado en aquel ruido.

II

El escandaloso sonido de la charanga la despertó. Se trataba del pasacalle que recorría Torrejón de Ardoz, como cada siete de octubre, para despertar a los vecinos anunciando las fiestas patronales de la Virgen del Rosario. Se levantó de mala gana, cansada, pues había dormido pocas horas. Aun así, se armó de valor y se dispuso a buscar por cajones, armarios y librería. Debería haber algo, algún documento que sirviera para demostrar que la casa tenía un propietario, quizá algún familiar lejano de los señores o la copia de un ignorado testamento que estuviera guardado en alguna parte. No pudo encontrar nada.

Cerca del mediodía salió al patio y se quedó contemplando a Federico, que llevaba una lata oxidada en una mano y con la otra extraía del recipiente los granos que esparcía por el suelo mientras llamaba a las gallinas: «Pitas, pitas, pitas». Todas acudían a la llamada de su cuidador, pues él se encargaba de echarles trigo con algo de maíz, limpiar el gallinero, recolectar los huevos y recogerlas al atardecer. También las palomas se acercaban para compartir el festín diario, sabiendo que aquel buen hombre se los permitía y jamás sería capaz de agredirlas.

Cuando acabó de alimentar a las aves, se acercó a Manuela que estaba sentada en el poyete de la puerta mirando a ninguna parte. Tenía la mirada perdida y parecía estar viendo una película de sus recuerdos. Caminó hacia ella con sigilo, temiendo poder

asustarla.

—¿Te encuentras mal, chi...chiquilla? Tienes mala cara. — Federico se sentó a su lado.

—No, Fede. Estoy perfectamente. Gracias. Es que esta noche no he dormido muy bien.

—Te pasa algo y no me lo quieres contar. ¿Por qué no te das un paseo por el pueblo? Disfruta de los días de fiesta y esta noche te pones guapa y te vas al baile de la plaza.

—Van a vender la casa, Fede. Tenemos que irnos muy pronto. Ya no queda ningún heredero que la reclame. —No pudo contenerse, tarde o temprano se iba a enterar.

Federico abrió la boca, luego bajó la cabeza y se quedó en silencio durante unos segundos.

—Sabía que algo malo venía... Mira, hace un rato encontré este poema que escribí cuando era un crío. Mira, léelo, o no, bueno, sí —dijo sin poder ocultar su tristeza.

Manuela leyó.
Entre palomas y poesía,
Federico, el niño huérfano,
encuentra su refugio
en el palomar.

Lo adoptaron sin dudar
Y desde el primer día
encontró consuelo
en aquel desván
donde las palomas
junto a él están.

Ahí escribe versos
que luego esconderá
en cualquier rincón
de su amado hogar.



Manuela cogió las manos de Fede y las apretó con fuerza. No quiso decir nada, pues no quería que Fede notara su tristeza. Se levantó y dio unos pasos por el patio, la siguió Moro, el viejo perro cuyo pelaje negro ya no tenía brillo, era su fiel acompañante por el jardín, y con él hizo un pequeño paseo por los diferentes rincones. A la bodega aún no se podía bajar, seguía anegada por las últimas lluvias. Algunas piedras del brocal del pozo estaban sueltas y se había ido desprendiendo la argamasa que las sujetaba. Las ramas de los árboles mostraban su desnudez y en la mullida alfombra de hojas rotas y ennegrecidas escarbaban las gallinas buscando lombrices. Se acercó a la alberca en la que tantos ratos agradables pasó jugando con sus amigos. Ahora necesitaba una buena limpieza para eliminar las hojas muertas del fondo y otras porquerías que el viento había empujado. El muro, junto a la hilera del árbol que todas las primaveras se llenaba de lilas, tenía desconchones en el enfoscado y dejaba a la vista los ladrillos que, con la humedad, se habían ido desmoronando. Estos formaban en el suelo pequeños montoncitos que parecían de pimentón pero que Manuela veía como la sangre que perdía la casa a través de sus heridas.

El barullo que formaron las gallinas con sus clo, clo, clo, sus carreras y batiendo las alas la sacó de sus elucubraciones hasta que se percató del porqué de ese escándalo: Federico tenía la costumbre de hacer sus deposiciones al lado de un árbol que había junto a la tinaja, y en cuanto las gallinas lo veían bajándose los pantalones acudían allí para picotear las heces. Ella le llamó la atención y él salió corriendo. Muchas veces la señora le había recriminado esa fea costumbre diciéndole que usara el servicio como todo el mundo, Fede se ponía las manos en la cara en señal de vergüenza y se iba corriendo mientras pedía disculpas. No había nada que hacer, así era Fede —pensó Manuela—: un niño eterno y olvidadizo.

Había anochecido. Manuela pensó que no sería mala idea pasar un rato por las fiestas para despejarse. Se puso el vestido que había preparado minutos antes: el corte era recto y unas pinzas lo ajustaban al cuerpo, le cubría hasta la mitad de los muslos y el escote de corazón insinuaba unos pechos todavía firmes. Se puso unas medias de cristal y unos zapatos de tacón alto. El color verde y las

grandes flores del estampado le alegraban el rostro. Sabía que la criticarían, eso habían hecho siempre, pero desde pequeña estaba acostumbrada a que las miradas y palabras insidiosas rebotaran en su espalda. Se aplicó carmín rojo en los labios y empolvó su nariz y mejillas. Se miró con detenimiento en el espejo para confirmar que a sus 44 años aún era atractiva. Estaba de buen ver, como insinuaban los hombres con los piropos que le echaban por la calle cuando se dirigía a dar clases a domicilio.

Llegó a la plaza, que estaba repleta de gente, con ganas de disfrutar de las fiestas. Saludaba con besos en las mejillas a las mujeres y estrechaba la mano a los hombres. Todos mostraban un semblante de alegría y felicidad, lo normal en la celebración del día de la Virgen. Esa alegría y felicidad se la fueron transmitiendo a Manuela que, sin darse cuenta y hablando con unos y con otras, se olvidó de sus inquietudes.

Cuando estaba saludando a los padres de uno de sus alumnos, alguien agarró su brazo. Se llevó una grata sorpresa, allí estaba Pedro, su antiguo compañero de juegos. Se saludaron con cariño, dos besos y un caluroso abrazo, y charlaron un rato. Ella le contó lo que pasaba con la casa y el rumbo que iba a seguir por lo anunciado en aquella maldita carta. Él se ofreció a ayudarla. Podía hacerlo, le dijo, pues tenía contactos en el ayuntamiento. Llevaba varios negocios desde Madrid, en las últimas semanas había venido cada dos por tres para supervisar las cuentas de un nuevo cliente, pero hacía un par de días que había vuelto a Torrejón para quedarse y poder vivir de nuevo en su pueblo. Acordaron una próxima cita para seguir hablando de los recuerdos y el problema de la casa. Se despidieron y ella se fue a descansar.

Al abrir la puerta de la vivienda, un recorte de papel cayó al suelo. Eran unos versos que Federico había escrito:

Dónde irán estas palomas
cuando la torre no esté,
volarán hasta otras zonas
y jamás yo las veré.

Volad, volad, palomitas,
sin nido os van a dejar
Os quiero mucho, zuritas,
nunca os voy a olvidar.

Manuela volvió a ponerse triste, los versos de Federico confirmaban que también ella tendría que volar hasta otros lugares donde poder hacer nido. Con este pensamiento decidió irse a la cama para recuperar el sueño perdido y un poco de sosiego. Antes, se dirigió a la cocina para tomar un vaso de leche que la ayudara a dormir, pero nada, igual que la noche anterior: vueltas y más vueltas. Una y otra vez su cabeza recorría toda la casa y los posibles lugares donde hallar algo que pudiera utilizar para detener la venta. Su cabeza parecía un tiovivo y los ruidos que la acompañaban durante la noche no ayudaban. Parecía que la casa también se quejara.

Avanzada la noche, se levantó adormilada y con una música preciosa que la llamaba. Tenía que comprobar de dónde procedía. Descalza y sigilosa como un ladrón temeroso de alertar al durmiente, se dirigió hasta la Sala de los Negros, de donde creyó que venía esa agradable sinfonía. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al pisar las brillantes baldosas y ver a Antonia sentada tranquilamente interpretando *Para Elisa*, de Beethoven. Se quedó impactada y no se atrevió a interrumpirla. De repente notó cómo sus pies se movían por el leve roce que sentía en su brazo, un roce que hacía que su cuerpo danzara al compás de la música. Era su madre que la arrastraba hasta el centro de la gran sala, bailando con ella, acompañadas, girando y girando. Quería soltarse, huir, pero no podía porque una y otra vez su madre volvía a introducirla en la sala, dirigiéndola con sus endiabladas vueltas siempre sobre el mismo sitio, cerca del piano, cerca de Antonia, que la miraba fijamente con su autoridad de costumbre. ¿Qué quería su madre? ¿Qué quería Antonia? ¿Qué intentaban decirle?

No supo cómo, pero dejó de oír la música. Unas gotas de sudor frío bajaron por su frente. Al despertar sintió el ritmo acelerado de su corazón, como si ese baile hubiera ocurrido realmente. La música ya no se oía, tampoco estaban su madre ni Antonia. En su

cama revuelta, vio cómo la luz entraba por la ventana anunciando un nuevo día.

En su cabeza apareció la imagen de Cirila, la amiga de su madre, quizás ella podría aclararle algo. Hacía mucho tiempo que no la veía, era hora de hacerle una visita. Aunque sabía que ya estaba muy mayor, la última vez apenas la reconoció, no perdía nada con intentarlo.

Cirila vivía cerca, en unas casitas bajas próximas a la suya. Al llamar a la puerta, pensó que respondería enseguida, pero no fue así. Volvió a intentarlo y ahora sí una voz apenas audible preguntó: «¿quién es?».

—Soy yo, Manuela, la hija de Isabel. ¿Puedo pasar? —Un vacío sonoro contestó—. Cirila, ¿puedo pasar? —insistió.

—Sí, pasa, hija, está abierto, como siempre.

Cuando la vio apenas la reconoció, Cirila estaba muy viejecita. Sentada en su mecedora al calor de la lumbre, dormitaba perezosa. Era una mujer pequeñita y delgada con un moñete muy repeinado sobre su nuca, sus ojos ahora opacos debieron ser muy vivaces, se notaba por cómo los movía: rápidamente, tratando de reconocer a quién o qué.

—Perdona, hija. Mi oído ya no me acompaña como tampoco lo hace la vista.

Manuela se acercó cariñosa y la abrazó sintiéndose culpable del tiempo que había dejado transcurrir sin verla.

—¿Qué te trae por aquí, hija? Sé que siempre estás muy atareada entre tus clases y el trabajo que tiene esa casa.

—Sí, es verdad, Cirila. Perdona mi desidia al no visitarla, tendría que haberlo hecho más a menudo.

—Bueno, no pasa nada. ¿Te sientes bien? Te noto preocupada.

—Y lo estoy, Cirila. Mucho.

Manuela le contó lo que ocurría mientras la mujer la escuchaba atentamente, a ratos se le acercaba, le acariciaba el rostro y luego se echaba hacia atrás.



—Hija, hay cosas que no puedo contarte sin traicionar la amistad que me unía a tu madre. Solo te digo que tienes que pelear por la casa, buscar lo que necesites para salvarla. La casa tiene las respuestas. —Se acercó de nuevo a Manuela y le pasó la mano por el pelo—. Eres igual a ella, el mismo carácter decidido y arrogante, independiente, y ese brillo orgulloso en la mirada, igual que él, igual, ja, ja, ja.

—¿Él? ¿Qué quiere decir, Cirila?

Pero la anciana se quedó en silencio y, mirándola con cariño, añadió:

—Isabel, qué cosas tienes, mira que te lo dije: no te metas en ese jardín. Y nada, tú erre que erre, que le quieres mucho, que no lo puedes evitar; no me hiciste caso y ahora me vienes llorando.

Manuela no comprendía nada.

—Cirila, soy Manuela. ¿Qué respuestas tengo que encontrar?

—¡Ay, hija! Qué pena tu madre, irse así de esa manera tan tonta, con lo que ella trabajó y luchó. Qué injusta la vida... —Y se quedó dormida meciéndose plácidamente.

Manuela estaba ahora más confundida, pero decidió dejar a Cirila descansar; así que le puso una manta que estaba en el sofá y salió sin hacer ruido para no despertarla.

Las fiestas le habían traído poco más que alguna promesa de amor bañada en algo de alcohol. Aún se arrepentía de no haber subido a la carroza de la virgen, podría haber colocado un esbelto ramillete de claveles con algún gladiolo blanco o quizá una rosa en honor a su madre. También le podría haber pedido que el ofrecimiento de Pedro llegara a buen puerto, pero no había podido ser. Y entonces, un viernes a última hora de la tarde, en esa en que los negocios empiezan a cerrar, Manuela se presentó en el local de Piensos Coronado, uno de los negocios en donde trabajaba Pedro como contable.

—Se llama Rubén. Volví a hablar ayer con él y me dijo que buscaría en los archivos y que intentaría hablar con el responsable

del registro, por si encontraban allí algo que fuera de tu interés. Sé paciente, Manuela. Hay que esperar una o dos semanas más para ver si encuentran algo.

—¡Caramba, Pedro! ¡No puedo dejar pasar tanto tiempo! ¿No lo entiendes? ¿Sabes tú si llegará alguna notificación más a casa? Porque yo tampoco sé si sí o si no ni cuándo.

—Estas cosas tardan, no te preocupes, Manuela. Deja que me encargue de eso. Mira cómo te pones, aún se te encienden las mejillas cuando te enfadas —dijo con voz dulce y le cogió la mano.

Ella sonrió. Él insistió en que trataría de buscar algo que pudiera ayudarla lo más pronto posible. «Ya está. Yo misma me acercaré al ayuntamiento a hablar con ese tal Rubén», pensó.

A la mañana siguiente, cuando Manuela estaba terminando de peinarse, oyó que Federico la llamaba desde la Sala de los Negros. Parecía que se había empeñado en ponerle una banda sonora, con ligera distorsión, a la mañana. Aporreaba las teclas del piano de modo aleatorio, como los bebés cuando lo tocan o le pegan a todo solo por afán de conocer las cosas.

—Federico... ¿¡Qué haces, alma de Dios!?

El hombre se movía hacia delante y hacia atrás en la banqueta. Se pasaba el envés de la mano por la frente como si se quitara un sudor que no tenía y, con esa sonrisa de diente roto y encías amarillas, aseguró que el fa seguía escacharrado.

—Y no volvió a sonar igual. No. No. La señora lo supo y no hizo na.

—Mira, Fede, no entiendo lo que quieres decir, pero ahora tengo mucha prisa. ¿Te importaría dar de comer a los perros y limpiar un poco fuera hasta que yo vuelva, por favor?

El hombre volvió a frotarse la mano. Le preguntó dónde iba y, antes de que Manuela le respondiera que al ayuntamiento, susurró que allí había gato encerrado.

—Doña Antonia lo sabía. El fa de la marcha turca de Mozart, antes nunca sonaba tan apagado. Después sí. Ya ves que sí.



Antes de arreglarlo, la señora tocaba bien... y después... No sé qué comentó ella de alguna tecla, y luego resultó ser un fa... Mmmm. —Federico olisqueó el aire como los perros—. Algo hay ahí. Me da en la nariz.

Todavía le escuchó decir, mientras cogía las llaves del cajón del recibidor, que él, aunque no sabía tocar, tenía buen oído y que cuando ella aprendió la música ya habían cambiado el fa de la cuarta octava y por eso ella nunca supo. Manuela rio ante esa ocurrencia. ¿La cuarta octava? En ese momento recordó cuando Antonia le hizo prometer que jamás vendería el piano porque aquel instrumento valía mucho más que todos los sacos de monedas o billetes que nadie pudiera ofrecer. Como en ese momento solo pensaba en conocer a Rubén y tratar el tema de la casa, no le dio mayor importancia a ese recuerdo y se despidió de Federico con un a lo mejor cuando vuelva podríamos tomarnos un café y me cuentas eso del piano.

Aquella mañana, el amigo de Pedro en el ayuntamiento había cogido el día libre. Manuela repitió al día siguiente y después fue uno más y otro hasta que, al final, pudo ser recibida por Rubén. Quizá el chico le mentiría, cómo saberlo, pero debía confiar en él. Al menos la trataba de modo cortés y empático. El funcionario le aconsejó no volver en unos días por eso de que a alguno de sus compañeros pudiera molestarle su insistencia.

Las últimas noticias de la primera cadena, antes del inicio de la carta de ajuste, habían asegurado que los cielos estarían despejados y, conforme avanzara el día, habría buenas temperaturas. Una nueva mañana nació fresca. La torre, junto a una pequeña parte del tejado esmeralda, se reflejaba en el interior de la alberca. El agua cayó desparramada del cubo de hojalata al sacarlo del fondo y a punto estuvo de soltarlo cuando vio cómo la torre y las tejas se bamboleaban entre el repiqueteo, como de chispitas, del agua contra el agua. Parecía que la casa se derrumbara.

Manuela tiritó y caminó hacia el huerto. «¡Sabes que no soy religiosa, Señor, pero ¡si tú quisieras!», exclamó mirando al cielo. Posó el cubo sobre uno de los surcos y se arrodilló protegida por la pequeña sombra que comenzaba a proyectar el naranjo. Estiró los

bajos de su vestido amarillo estampado con flores rosas, verdes y malvas hasta tapar sus rodillas y comenzó a hurgar, con sus dedos, entre las matas. Las uvas más duritas que iba desprendiendo las echaba en una bolsa después de lavarlas. Las blanditas, sin embargo, o las que habían picado los pájaros, las apelotonaba en un pequeño montón para echárselas más tarde a las gallinas. No había vuelto a ver a Federico desde hacía dos días y a buen seguro que los animales tendrían hambre.

Mordisqueó una muy despacio. Quiso darse ese capricho porque lo necesitaba. Quizá tragar ese fruto sería una de las cosas que podría recordar dentro de algunos meses en caso de no conseguir quedarse en la casa. Cerró los ojos y ya no fue solo la casa. El jugo se le derramó por los labios. La cosecha no sería muy extensa ese año, pero, sin duda, no existía sabor tan comparable a un beso como el de aquel fruto verde y dulce. Y, al tragar, volvió a subir a su garganta en forma de bocanada esa pizca de recuerdo fresco. La primera vez, tras relamerse, tapó su boca con una mano y movió la cabeza hacia la puerta y las ventanas de la fachada blanca del edificio. En la torre del oratorio tampoco había nadie que se le hubiese ocurrido asomarse. Detrás de la verja, los transeúntes miraban al caza que sobrevolaba Torrejón dibujando estelas blancas en el firmamento. «Este es el sonido del cielo cuando el avión lo rompe y caen esos trocitos, como de cristal azul, a tierra», pensó con el lenguaje de los poemas que leía.

El sonido ronco y profundo del avión se fue difuminando hasta encadenarse con el de un Simca 1200 dorado que aparcaba en el otro lado de la calle, muy cerca de la puerta principal. Manuela miró por el lado de los parterres de rosales que daban a la calle Manuel Sandoval. Un hombre vestido de negro, con sombrero y un pañuelo enroscado al cuello, junto a una mujer a la que le destellaba el pecho, salieron del coche. Él llevaba una carpeta marrón. Tiró del sombrero, dejando un poco su frente al descubierto. A ella le pareció que aquel hombre escudriñaba la torre, las ventanas y los alledaños de la finca. Seguía con la cabeza a los perros cuando le ladraban. Manuela creyó que se fijaba en la tinaja al lado de la alberca y, luego de agacharse y meter la mano entre la cancela, vio cómo arrancaba un trozo de tierra y se llevaba los dedos a la nariz.



Manuela estiró los ojos. ¿Conocía a aquel hombre? A la mujer sin duda que no. Manuela y él fijaron la mirada el uno en el otro. Él la aguantó un momento antes de dar media vuelta. Tocó la verja y fue resbalando los dedos por los hierros mientras caminaba, provocando un repiqueteo metálico. De seguro llevaba un anillo. Detrás de él iba la mujer, que solo le miraba las espaldas o lo que le alcanzara la vista a tenor de su corta estatura. Intentó no reírse, pero qué demonios. «¿Quién se cree esa al caminar así?», pensó.

El hombre cogió de la mano a la mujer del collar largo y brillante y se alejaron hacia la calle de las Marquesas. ¿Cómo se atrevió a meter la mano en su casa? Encima delante de ella. Daba igual. Ahora tenía que pensar en volver al ayuntamiento, lo haría en un rato, sobre la una, antes de que Rubén se marchara a comer, así lo encontraría más sonriente cuando le entregara la bolsa con uvas. Decidió llenar otra con unas cuantas alcachofas y quizá algunas naranjas del árbol. Volvería a entrar en ese edificio, volvería a escuchar los ladridos del funcionario patoso, volverían a gritarle que se fuera, pero dejaría las bolsas para su nuevo amigo Rubén porque a ella no la paraba nadie.

Antes de eso, quería seguir probando las uvas. Ya había experimentado esa sensación de carne de gallina cuando te tocan la comisura de los pechos mientras te susurran qué sabe Dios qué tipo de cosas al oído. ¿Por qué no? Aquella situación del hombre en la verja la había excitado. Bueno, no tanto. Quizá solo un poco. Ella siempre ha sido distinta. Claro que la habían tocado, pero esa misma tarde o noche o al día siguiente ellos también tocaban a otras. Manuela solía fantasear con ese momento en que suena el portazo y alguien entra en la cocina. Cuando lo ves y sabes que sujeta algo en las manos porque lleva los brazos detrás de la espalda y unas hojas verdes asoman detrás del cuello y entre los hombros. Y esos brazos y esa espalda huelen a cesta de fruta, campo y lluvia. Cuando les preguntas qué llevas ahí y la voz te tiembla y los ojos y la piel vibran hasta el punto de exprimir una lágrima o una gota de ese sudor nervioso, ellos responden que nada, que eso no es para ti y te besan los labios sin fuerza, con desgana, por mero trámite. Así derriban los hombres

ciertas torres que no son de piedra ni de ladrillo ni de argamasa, ciertas torres que también laten y bombean sangre como ciertos edificios bombean historias y recuerdos.

Los ecos del reloj de la plaza llegaban mermados a la casa hasta marcar el mediodía. Manuela cortó algunos tallos de alcachofas hasta llenar otra bolsa con ellas. Abrió la puertecita que separaba el huerto del corral, medio a la intemperie, medio techado por una estructura de hierros, paja y un enjambre de ramas y troncos finos. Volvió a mirar a la cancela. Quiso encontrar a ese hombre mientras las gallinas cacareaban entre sus piernas y picoteaban los frutos y las hojas sobrantes de los tallos de las verduras. Pero cómo, si ya lo vio marcharse.

Se compuso el vestido y sus cabellos, y salió con las dos bolsas en las manos. Cruzó la plaza Mayor. Se detuvo entre el aligustre que bordeaba el conjunto de pinos. A lo mejor se equivocaba. No. Espera. Sí. Era él. El hombre de traje negro y sombrero besaba a la mujer del collar bajo la torre de la iglesia. El reloj martilleó la una de la tarde. ¿Qué estaba haciendo? ¿Desde cuándo se había convertido en una *voyeur*?

Cuando entró al consistorio, el funcionario patoso arrastró la silla y corrió a trompicones hacia el mostrador. Manuela ahogó una pequeña carcajada en sus mejillas; la barriga del hombre se había quedado encastrada entre el mostrador y la trampilla que dividía la zona de visitas con las mesas de papeles y columnas de carpetas de los funcionarios.

—¿Ya estamos otra vez aquí?

—Ya ve.

—Pues Rubén no está, Ha...Ha... —El funcionario apretaba sus carnes y hacía esfuerzos por eludir el atranco—. Ayúdame, Gloria. ¡Cojones! ¡No te quedes mirando!

La mujer escribía sobre unos papeles entre la nube de humo que iban sudando las hojas de un puro que tenía entre los labios. Elevó sus gafas con un dedo y miró de soslayo hacia la trampilla del mostrador.



—Los donuts, Marcial, los donuts —respondió marcando cada sílaba a la vez que aspiraba del habano y soltaba los chorros a presión de humo.

El funcionario consiguió salir. Respiró profundo. Manuela dejó las bolsas en el suelo, sacó un pañuelo y se lo ofreció a aquel hombre.

—Quite. Ya le hemos... —Se limpió el sudor con la manga de la camisa— le hemos dicho que no puede venir casi todos los días a lo mismo. Y, además, su amigo ha... ¡puffff! — Volvió a secar el sudor de la frente— salido.

Si no hubiese sido porque alguien lo agarró de la muñeca, a buen seguro que el funcionario la hubiese empujado de la parte baja de la espalda, le hubiese tocado un poco el culo o cogido de los brazos, una vez más, para arrastrarla hacia la salida.

—Por favor. ¡Por favor! Sí que ha cambiado Torrejón en estos años. ¿Así tratan ustedes a sus vecinos? —Manuela sollozó. Tembló. Le entraron ganas de ir al servicio.

El hombre de traje negro se había quitado el sombrero y tras empujarlo contra su pecho le sonrió y luego le dijo:

—Vaya, vaya. Así que eres tú.

—Soy yo —interrumpió ella con voz entrecortada.

El hombre estiró la mano. Manuela la miró como si nada. ¿Qué tenía que hacer? Y más con esa mujer de cara mustia a su lado.

—No me recuerdas. Bueno, es comprensible. Cuando te vi en la casa, hace un rato, yo tampoco te reconocí.

La compañera del hombre le susurró algo al oído y lo agarró del brazo. Él la miró, la besó. Ella no dejó de sonreír mientras jugaba con el collar. El funcionario patoso tampoco, solícito —pensó Manuela— a fantasear qué tipo de guarradas cada vez que se atusaba ese bigote sudoroso y miraba hacia abajo y a los pechos de aquella mujer.

El hombre del traje negro se acercó al mostrador. Puso la carpeta sobre la repisa y anunció: «Soy Alonso Martín. Tengo cita con el señor alcalde. Llego pronto, lo sé, pero seguro que a él no le importa». Manuela distinguió una punta de flecha verde en mitad de la carpeta seguida de la palabra «Colonial».

El funcionario patoso respondió que él se encargaría. Tal fue su ímpetu que tropezó con los cordones de sus zapatos. No cayó al suelo, pero gruñó y llamó «solterona» a Manuela cuando esta no ocultó la carcajada.

—¿Solterona?

Ahora, el que reía era Alonso.

—Esperaré fuera —informó al funcionario—. ¿Vienes, solterona?

Manuela soltó las bolsas y las naranjas rodaron por el suelo. Aquel hombre tan bien peinado y con zapatos negros de charol... ¿era Alonso? ¿De verdad era él? Sí, esos ojos de azul intenso... Se imaginó llevándolo a casa. Pensó en buscar la Mariquita Pérez entre las cajas y el resto de enseres que estaban en la cámara. La muñeca estaría sucia, con la cara agrietada, sin un ojo y medio calva, el pelo que le quedaba seguro estaría seco y parecería alambre. Le preguntaría por los chapuzones que se daban en la alberca, si él los recordaba. ¿Y Pedro? ¿Sabía él que Alonso iba a volver? Cómo deseaba sentirle a su lado mientras ella pasaba, con delicadeza, los dedos por las teclas del piano.

¿Esa era su mujer o sería un ligue? Sintió una extraña molestia al verla estrujar esas bolas tan brillantes de su collar. Lo peor fue cuando comenzó a pedirle a Alonso que se marcharan porque quería dar un paseo por el pueblo. Había mirado solo una vez a Manuela, y luego parecía que no existía, que no estuviera ahí. Y esa altivez, el cuello siempre recto y su cara de aburrimiento. Y Alonso, aquel no era su Alonso, ese chaval bromista que hacía trampas al escondite, pero que siempre salía en su defensa cuando a ella le picaba algún bicho o se caía y se despeluchaba la piel de la rodilla en alguna caída tonta. Él nunca la habría mirado así, ni la habría



tratado con esa distancia y haciéndola sentir tan pequeña. Ella, que había conocido bien esos ojos, ya no los veía tan limpios. Ese Alonso sí tenía pinta de importarle jugar con la Mariquita Pérez.

Una leve tristeza la hizo querer regresar a casa, tirarse en el colchón y ocultarse bajo las sábanas. Se despidió de manera abrupta, él le sonrió y le dijo algo, pero ella no lo escuchó, estaba perdida en el azul de sus ojos, consciente de, quizá, encontrar algún naufragio.

Al llegar a casa, la melancolía la dejó paralizada en el viejo piano. Cerró los ojos y comenzó a tocar con la esperanza de sentir a su lado a aquel chico de ojos azules, pero no el de esa tarde, sino el de su infancia. Mientras pasaba los dedos por las teclas, el fa la sacó de esa evocación.

Molesta, se fue a su habitación a descansar y tratar de olvidar lo ocurrido, pero un carrusel de imágenes y palabras la perturbaron. Desde el momento en que recibió la carta, sus noches se habían convertido en un rosario de recuerdos que no la dejaban dormir; sin embargo, esta vez no eran sus vivencias, sino las palabras de todos ellos, que uno a uno se le fueron presentando: el recuerdo de Antonia cuando le hizo prometer que jamás vendería ese piano, las palabras de Cirila y lo que no podía contar sin traicionar la amistad que la unía a su madre. «La casa tiene las respuestas», escuchaba de nuevo en su cabeza, «Eres igual a ella, el mismo carácter decidido y arrogante, independiente, ese brillo orgulloso en la mirada, igual que él...». Él, ¿a quién se refería? Después, el carrusel le trajo el rostro del señor y las últimas palabras que le escuchó decir: «Tú también tendrás una misión: cuidalas y protégelas con todas tus fuerzas, con todo tu corazón. Este es vuestro hogar».

La imagen de su madre siempre estaba presente, por ella procuraba mantener el orden y la pulcritud que le inculcó y el amor a esa casa que pensaba tendría hasta el final de su vida. Pero un pedazo de papel era suficiente para que eso no fuera así. El futuro de la casa, el de ella, el de Fede, las palomas, las gallinas y los perros, todos tendrían que buscar un nuevo destino. De pronto, el carrusel se detuvo con las palabras de Federico sobre el piano. Este

recuerdo le cambió el ánimo y le dibujó una sonrisa en el rostro. Algún día se afinará el piano, esa tecla recobrará su sonido y Fede se quedará tranquilo, pensó. Mientras tanto no debía perder la esperanza que le dio ese rayo de luz que iluminó el salón sugiriéndole alguna salida.

Durante los siguientes días no volvió al ayuntamiento por miedo a encontrarse de nuevo a Alonso, quería además esperar alguna respuesta del amigo de Pedro. Pero sí estuvo revisando las gavetas de los muebles de las habitaciones, la biblioteca, hurgando dentro de los libros con la esperanza de encontrar algo, aunque realmente no tenía idea de lo que buscaba. Una tarde, se detuvo en el mueble del salón, percatándose de que no lo había abierto desde hacía muchos años, pues era casi un mueble prohibido: la llave solo la tenía Antonia, atada siempre a la cintura para que nadie fuera a romper los cristales o los platos de porcelana en los que servían a los ilustres visitantes que venían antes de la guerra. Fede era el que tenía esa llave desde que murió Antonia, era él quien se había encargado hasta ahora de limpiarlo. Así que lo llamó y le pidió la llave.

Al abrirlo, se extrañó de ver unas cuantas copas y una vajilla bastante incompleta, tanto tiempo llevaban sin recibir invitados que no se había dado cuenta de que faltaban muchas piezas. Cumpliendo con su costumbre de mantener el orden, sacó todo para limpiarlo y organizarlo mejor, pensando que quizás ese mueble podría tener un mejor uso. Notó que la balda inferior estaba floja y al intentar nivelarla encontró que había un espacio entre esta y el zócalo del mueble. Levantó con mucho cuidado la balda y allí, envuelto en papel, estaba un cuaderno forrado en terciopelo morado, como el del traje del Nazareno, y recordó cuando se hicieron en esa casa los vestidos nuevos para los santos de la capilla y de la iglesia del pueblo. Desempolvó con cuidado lo que creía que era un libro de oración, se sentó en una de las poltronas y empezó a hojearlo. Estaba claro: no era un libro de oraciones.

En algunos momentos se sintió una intrusa al contravenir las palabras de su madre sobre la importancia de mantener el respeto por la intimidad de las personas, no hacer preguntas impru-



dentes y, sobre todo, no registrar cosas ajenas. Pero ya ella no estaba, y en sus manos tenía una parte de Antonia, pues el cuaderno hallado era su diario.

Entre sus páginas apareció una carta firmada por el señor Ignacio, donde con palabras llenas de amor expresaba su felicidad por la venida de un hijo. Ella recordó que Antonia solía quejarse de su vientre seco, lo que no sabía era que en algún momento ese vientre hubiera guardado a un hijo. Sintió pena por ellos. Siguió leyendo. Intuía que en ese cuaderno hallaría muchas de las respuestas que estaba buscando. Y, en efecto, otra carta escondida entre esas páginas lo haría:

Torrejón de Ardoz, jueves 2 de abril de 1924

Querido mío:

En vano he intentado, desde dos días hace, transmitirte las últimas noticias. Don Jaime va a Santander y tiene como encargo entregarte esta carta. Nuestro amado hijo no ha podido ser, no ha logrado llegar a término y estoy como has de suponer: con el alma deshecha. No tengo ánimos para escribirte largo, pero sí para decir que en tu pecho lloraría en paz y con largo consuelo. En momentos como este se ve lo mala que es la distancia que nos separa durante tantos días, aunque entiendo la importancia de tu trabajo y los asuntos que te retienen lejos de mí. Espero con ansiedad noticias tuyas y, sobre todo, tu vuelta a casa para que mi corazón pueda sanar a tu lado. Entretanto, me acompaña Isabel, pecaría de injusta si no reconociese el bien que hace esa chiquilla en esta casa, pues ella me sostiene y me consuela en estos duros momentos. Detén por Dios tu viaje unos días, y vuelve a casa, amor mío.

Tu siempre amada,

Antonia

Manuela sintió una emoción inédita al imaginarse a su madre siendo una «chiquilla», pero también un frío se posó en su corazón. «Pobre señora Antonia», pensó, «quizás por eso los señores me

quisieron tanto y me trataron tan bien». Recordó cuando se iban durante varios meses a la ciudad y, al volver, le traían muchos regalos y la trataban con mucho cariño. Fue en uno de esos regresos que la señora le regaló la Mariquita Pérez, ella corría por toda la casa enseñando su muñeca y gritando de emoción. Todos los que allí trabajaban los esperaban con mucha ilusión. Su madre dejaba la casa preparada y limpia; la recordaba barriendo los paseos y limpiando bancos y tumbonas, a los lados estaba lleno de árboles, de lilas blancas y moradas y, cerca de la entrada, los rosales llenos de rosas.

Las imágenes le iban llegando a borbotones, casi las veía pasear por toda la finca. Recordó también el día en que la señora le enseñó a coser en una máquina Refrey: Era una tarde de invierno muy fría, pero el señor había encendido la chimenea del salón; los dos espejos se veían enormes y el reflejo de la llama parecía emanar de aquellos cristales. En ellos se miró cuando se probó el primer vestido que se hizo, era verde azulado, con cuello de solapa y manga corta; estaba muy guapa con él puesto.

Y, de pronto, apareció Federico y la sacó de su mente. Así solía llegar, sin hacerse notar, como si sus pies no tocaran el suelo.

—¡Manuela, estás muy rara! Estás como perdida desde que has recibido esa carta, estás muy rara... Los ayuntamientos no traen nada bueno a casa.

—¿Qué quieres decir, Fede?

—Yo...yo sé lo que me digo, cuando aquello de la guerra... Sí, cuando aquello de la guerra yo tenía 17 años. ¿Sabes? Tú no te acuerdas porque eras más pequeña, pero yo sí. —La voz de Fede se entrecortaba—. Yo sí que me acuerdo, vinieron del Ayuntamiento con un papel, un papel como el que te han traído a ti, por eso lo digo, yo sé mis cosas, yo sé muchas cosas que tú no sabes, Manuela. —Los ojos de Fede se estaban llenando de lágrimas, los cubrió con sus manos y comenzó a sollozar con sutiles espasmos.

—¡Calma, Fede, cálmate! —Manuela le puso ambas manos sobre los hombros—. Dime ¿qué fue lo que pasó cuando recibiste esa carta del Ayuntamiento? ¿Qué decía?



El rostro de Fede pareció serenarse y, mirando a un lado y luego a otro, comenzó a hablar con voz queda:

—Vinieron esos dos guardias con esa carta, uno de ellos me dijo: «Diles a tus padres que te vienes con nosotros, que la República te necesita», y el otro me dijo: «¡Venga, chaval, que ya estás tardando!». Eso sí que lo recuerdo bien, como recuerdo a la señora Antonia diciéndoles que estaban locos, que ella no lo permitiría. «¡Señora, la guerra es una locura!», respondió uno de los guardias, y después: «Antes fueron otros, ahora estos chicos, “la Quinta del biberón” los llaman, son los que tienen que defender la patria».

»Yo no sé qué quería decir con todo eso, pero recuerdo que me sacaron de la casa entre los dos y al día siguiente salimos en un camión no sé a dónde, algunos decían algo del Ebro, pero yo sé lo que vi allí, yo sé lo que pasé y por eso te digo... los Ayuntamientos no traen nada bueno. La señora me rescató y me trajo de nuevo, no sé cómo lo hizo.

—¡Hombre de Dios! Nada de eso volverá a suceder, Fede. Sé que tu preocupación de que algo me pasase te ha traído esos negros recuerdos, pero lejos quedó aquello y esta carta no me quitará la voluntad de mantener en pie esta casa, de eso puedes estar seguro.

—Las palomas y los perros son más nobles que las personas, más nobles... No te fíes, Manuela, yo sé lo que me digo. —Y, bajando la mirada, tomó uno de los platos y comenzó a limpiarlo lentamente con la bocamanga de la chaqueta.

Manuela sintió pena por él.

—Venga, Fede, otro día limpiamos el mueble, vamos a ver a las palomas. No, mejor a las gallinas y así recogemos unos huevos para la cena. ¡Sí, eso!, vamos a por esos huevos —le dijo para darle ánimo.

Fede devolvió el plato limpio a la estantería, echó la llave y salieron. Manuela observó el patio con detenimiento, sus pensamientos volaron a aquellos años de su niñez, sin duda ahora se veía más descuidado: las ramas del naranjo deberían haberse podado hace tiempo, las hierbas comenzaban a invadir la entrada de la bo-

dega, seguro que la humedad contribuía a ello. Pensó en lo mucho que necesitaba a su madre y a Antonia. ¿Qué hubieran hecho ellas en esta situación?

Se sentó junto a los geranios aún sin florecer, en unos meses podría ver esas flores que tanto le gustaban, ese rojo carmesí y su perfume le daba serenidad. Se sentía desbordada por la realidad, necesitaba recuperar la fuerza que le proporcionaba su entorno y sus recuerdos. El silencio lo interrumpían los mirlos y carboneros que, con su algarabía, se disputaban la posesión de alguna rama. Miró la higuera majestuosa que cobijaba con su sombra el pozo y el lavadero donde su madre hacía la colada, se la imaginaba arregangada hasta el codo frotando la ropa con el jabón que ella misma elaboraba.

Volvió al pasado de la casa en sus mejores tiempos, antes de que la guerra rompiera los días trayendo oscuridad. Ella aún era una niña, pero se acordaba de las fiestas que daban los señores. Se escondía en el jardín y miraba a través de las puertas abiertas del salón de los espejos a los invitados vestidos muy elegantes, las damas aprovechaban sus escotes para lucir sus joyas. La señora, sonriente y guapísima, tocaba el piano rodeada por un grupo de personas que canturreaban la melodía mientras otros bailaban. El señor conversaba amigablemente con dos caballeros. Era como si estuviese metida en un cuento de hadas, que terminaba cuando su madre llegaba para llevarla a la cama.

Todo cambió luego de que el señor se marchó, especialmente después de que llegaron aquellos soldados llevándose a los animales de la casa: caballos, ovejas, cerdos, gallinas... No dejaron nada. Los criados se marcharon. También desapareció el jardín, ese que la señora cuidaba con orgullo y esmero; le parecía verla arrodillada en su cojín pequeño y con los guantes protegiendo sus manos, sus largos dedos, su cabeza la cubría una pámela de rafia. Ahora en su lugar había un huerto, que hicieron entonces para aprovisionarse de hortalizas y frutas. En la cocina, donde nunca faltaba nada, apenas había algo para comer. En las tiendas escaseaban los productos, sus estanterías estaban vacías, la especulación empezó a funcionar desorbitando los precios y apareció el estraperlo.



El frente, situado en las afueras del pueblo, era continuamente bombardeado, sobre todo de noche; la alarma sonaba alertando a la población, que se dirigía a los túneles de la casa grande. En la oscuridad, soñolientos, todos parecían zombis. A ella la despertaban y caminaba medio dormida, se quejaba, pues no quería ir. Salían por la puerta de poniente uniéndose al grupo en un silencio sepulcral. Cada quien cargaba con sus preocupaciones, pensando con temor en lo que dejaban atrás, en si volverían a ver sus casas en pie, sin saber si podrían recobrar sus pertenencias o cuándo regresarían. Sentados en el suelo, alumbrados con unos candiles colgados en la pared, pasaban las horas. Manuela se sentaba entre las dos mujeres, que la protegían cariñosas minando sus miedos. El mutismo solo era interrumpido por el llanto de los bebés y niños pequeños que, atemorizados, escuchaban el silbido de las bombas cuando caían y sentían el temblor de la tierra al estallar. La alarma volvía a sonar avisando del cese y todos salían como los topes, aturcidos y maltrechos por la postura que durante horas habían contraído. La claridad apenas las dejaba ver, sus ojos se esforzaban en visualizar si la torre, esa preciosa torre que tanto les gustaba, seguía en pie; y sí, allí estaba, orgullosa, presumiendo de su esbeltez. Ellas, contentas, sonreían.

Manuela salió de sus recuerdos cuando sintió a los perros ladrar, los buscó con la mirada. Distinguió a Pedro a lo lejos, que caminaba hacia ella con los perros rodeándolo y buscando juego; él se agachaba de vez en cuando para darles golpecitos en el lomo y acariciarles la cabeza.

—Entrar de nuevo a esta casa me trae muchos recuerdos, Manu. ¿Recuerdas que así te llamaba? —dijo Pedro mientras le plantaba dos besos.

—¡Cuánto tiempo sin escuchar ese «Manu»!

—Bueno, podemos traer de vuelta muchas cosas. Ya empezamos con esta. —Le guiñó un ojo con una enorme sonrisa.

—Cierto, Pedro. Son recuerdos muy bonitos. ¿Traes buenas noticias sobre la casa?

—No mucho. Pero si quieres podemos vernos más tarde en El Estrecho, así conversamos sobre ese tema y también recordamos algunos momentos. No puedes permitir que la preocupación te impida disfrutar.

Pedro se fue y Manuela no supo qué sentir. Sabía que detrás de esa invitación había un interés especial, pero no quería pensar mucho ni adelantarse a nada. Entró a la casa, terminó de preparar unas clases y se arregló para ir a verse con Pedro.

Cuando cruzó por la calle de Enmedio lo vio, estaba esperándola en la puerta de El Estrecho con una copa de vino en su mano izquierda y un cigarrillo en la derecha; al verla, tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Se miraron con sonrisa nostálgica y se dieron un tímido abrazo. Al entrar, tomaron asiento. Ella pidió un vino blanco de rueda, cuando tuvo la copa en sus manos hicieron un brindis por el reencuentro. Un corto y embarazoso silencio los hizo sonreír de nuevo.

—El asunto de la casa es complicado, Manu —dijo Pedro sin rodeos.

Continuó hablando de trabas administrativas y cuestiones legales que Manuela no supo cómo descifrar. Y, después de otro silencio extraño, comentó:

—Hay otra cosa que no sé si sabes: La empresa constructora que quiere comprar la casa la quiere derribar, y esa empresa es la del suegro de Alonso, él la está dirigiendo actualmente. El fin del derribo es construir pisos de lujo que alcanzarán un alto precio por estar en una zona céntrica. Eso creo que sí lo sabes.

Manuela asintió y permaneció unos segundos en silencio tratando de saber qué hacer con esa información. Se quedó atónita al imaginar a Alonso ordenando la demolición de ese lugar que había albergado tantas vivencias y emociones. Le dio un trago a su vino y, sabiendo que ya no podría recuperar el ánimo esa noche, se levantó, agradeció a Pedro la noticia y se despidió con un apretón de manos y una sonrisa forzada. La noche se había interrumpido de manera abrupta por lo que le había dicho Pedro, pero él pareció entender sin mayor problema.



Le parecía imposible que el ayuntamiento consintiera la demolición y no tuviese en cuenta que era un bien cultural, un legado importante. La casa era del siglo XVIII y había sobrevivido a innumerables acontecimientos, eso le habían dicho siempre los señores. Qué dirían doña Antonia, don Ignacio o su madre, ellos siempre habían cuidado de la casa y ahora ella no sabía cómo protegerla.

Cuando salió del local, la oscuridad le dio la bienvenida. Necesitaba calma, mucha calma. Regresó paseando tranquilamente. Su cabeza, embotada después de la corta charla con Pedro, necesitaba un descanso. Se relajó un poco contemplando el cielo estrellado, se preparó una cena ligera y acto seguido se fue a dormir.

III

Las nubes se movían lentamente pero con firmeza sobre las casas del pueblo, iban tiñendo el cielo de una sombra pesada que inquietaba a los pájaros y los hacía revolotear como advirtiendo de algo a quienes miraban hacia arriba.

Alonso, que ya estaba instalado con su mujer en Torrejón, había iniciado las diligencias para comprar la casa al Estado sin pasar por la subasta. Tenía que acelerar el desahucio de Manuela y dejar liquidado ese asunto cuanto antes, pues no quería que ese proyecto le llevara mucho tiempo. Aunque también había otra cosa: regresar a su pueblo natal le generaba sentimientos encontrados. Los recuerdos de la infancia le daban calor y luminosidad a su vida vacía, pero sus últimos días en el pueblo, cuando estalló la guerra, se rompió parte de esa infancia para dejarle un sabor amargo. Lo habían arrancado de ahí sin contar con él, sin importarles a los adultos lo que pensaba o sentía, simplemente un día cogieron los cuatro trastos y se marcharon. Le alejaron de la protección de la casa, de sus amigos y de Manuela.

La guerra y lo que vino después le hizo curtirse. En su corazón fue formándose una capa de escarcha cada vez más difícil de derretir. En su vida no había dado puntada sin hilo, ascendiendo

peldaños y mirando hacia otro lado en algunas ocasiones hasta llegar a la posición en la que se encontraba.

El terreno de esa casa decrepita y perteneciente al pasado más rancio de España se había triplicado. La base aérea no solo había traído americanos sino también multinacionales y un futuro empresarial en la comarca. Era el momento de construir y dar el pelotazo inmobiliario, pensaba Alonso. Posiblemente Manuela ya conocía que él estaba detrás de la transacción, pero tenía que cerciorarse y encargarse de confirmárselo. Ella no había llorado el día de su marcha, así que él tampoco tendría por qué sentirse mal por hacer su trabajo.

Alonso llegó a la Casa de la Torre por la calle Manuel Sandoval y empujó la puerta, que curiosamente estaba abierta. Manuela no había perdido la costumbre impuesta por la señora. «El portón cerrado, pero sin echar la cancela»: era lo que le había escuchado ordenar tantas veces a la señora Antonia cuando iba a jugar a esa casa con Manuela y Pedro.

El ladrido de unos perros le hizo pararse en seco, se arrepintió de haber entrado sin llamar. Un hombre al fondo del patio gritó a los animales:

—¡Qui...quietos! —Los perros obedecieron al instante.

Alonso se quedó mirando la figura que rodeaban las mascotas. El tiempo había hecho mella también en ese hombre, pero seguía teniendo ese aire de inocencia infantil y esa forma de hablar atrancándose en algunas palabras cuando estaba nervioso. Fede, con los perros bajo control y su paso corto y rápido tan característico, se dirigió hacia Alonso.

La voz de una mujer hizo que Fede se parara en seco.

—Fede, ¿has dado de comer a las palomas?

—Estoy arreglando los...los rosales. Ahora les doy de comer. ¡Te...tenemos visita, yo sé quién es! —Comenzó a dar palmas y a caminar nervioso sin saber a dónde ir. Lo mismo caminaba hacia Manuela que se daba la vuelta para ir hacia Alonso y regresar a ella.



Alonso llegó a la altura de los que habían sido sus amigos en un tiempo ya muy lejano, un tiempo que creía olvidado.

—A...Alonso —dijo Fede abrazando al recién llegado.

—¡Ten cuidado! ¡Tienes las manos sucias y me puedes manchar el traje! —Se sacudió la solapa de la americana y se acomodó el grueso nudo de la corbata de seda.

Manuela lo escrutó con la mirada. Luego se giró para hablar con Fede.

—Anda, vete a dar de comer a las palomas, que se escucha el gorjeo desde el otro lado del pueblo y van a pensar que no las alimentas, luego sigues con los rosales. Aunque creo que vas a tener que dejarlo para mañana, parece que se está encapotando el cielo y en cualquier momento va a llover.

Fede se giró hacia Alonso y le dijo:

—Ahora vuelvo, no te vayas, ¿vale?, espérame aquí, ahora vuelvo. —Dio la vuelta y se alejó seguido de los perros.

—Tenías que poner un cartel avisando de los chuchos. Me podrían haber mordido.

—Esa es la consecuencia de entrar en una casa ajena sin permiso.

—¿De qué permiso me hablas? Los dos que vivís aquí no sois propietarios ni tenéis autoridad sobre la vivienda. Estáis de prestado.

Ella cerró los puños y encajó la mandíbula. Le hubiese gustado decirle que, igual que su familia, nunca tuvieron un hogar propio, pero se mordió la lengua por respeto a la memoria de los padres de Alonso.

—Vamos dentro, si has venido será por algo, no creo que estés aquí para decirme que ate a los perros.

Manuela caminaba unos pasos por delante. Él la siguió hasta el interior, no quería mirar detalladamente la casa, pero fue inevitable. No podía decir que se mantenía como la recordaba, porque

nunca hizo el intento de recordar. Todos los momentos vividos en ese lugar los había guardado en el desván donde se abandona lo que hace daño. Desde muy joven corrió hacia adelante, sin mirar atrás, como un atleta de fondo cuyo fin es llegar a la meta, una meta que Alonso ya comenzaba a vislumbrar.

Fueron pasando por diferentes salas, todas silenciosas, que guardaban en cada rincón risas infantiles que alguna vez las habían llenado de vida. Entraron en una salita de estar muy sencilla, al igual que los muebles que había dentro: una mesa camilla vestida con unas floreadas faldillas que servían de abrigo en los días más fríos y dos sillones orejeros donde se sentaban Fede y Manuela por las noches después de la cena. No lo invitó a tomar asiento, los dos continuaban en pie, uno frente al otro. Fue él quien rompió ese silencio incómodo.

—Veo que no cuelga en las paredes ningún título universitario con tu nombre. Todas las esperanzas que depositó en ti la señora quedaron en agua de borrajas.

Manuela torció la boca intentando ocultar su molestia.

—Siéntate —dijo señalando con la palma de la mano uno de los sillones—. ¿O estás esperando que te ofrezca asiento la hija de la criada que está de prestado en esta casa?

Alonso miró el sillón, pero no tomó asiento porque, sobre el cojín, había una toalla perfectamente doblada.

—Perdona —dijo ella cogiendo la prenda—. No me había dado cuenta de que había dejado la toalla ahí.

—Toalla, Manuela, toalla.

—¡Perdona! Es una palabra que aprendí de tu madre y nunca me la he podido quitar.

La frase le cayó como una losa a Alonso, le había recordado sus orígenes. Por mucho que quisiera olvidarlo, tenía un pasado y siempre había estado en ese pueblo y en esa casa de donde lo arrancaron siendo un niño.

—Venga, dime qué es lo que quieres, aunque los dos lo sabemos.



Alonso iba a contestar, pero algo que estaba sobre un apagador situado detrás de Manuela llamó su atención. Como si una cuerda tirara de él fue hacia el objeto y lo tomó entre sus manos, era una vieja fotografía: unos niños reían y hacían muecas, estaban mojados y con las ropas salpicadas de barro.

Un trueno resquebrajó el cielo de Torrejón. Una corriente fría recorrió su espalda. Por primera vez no luchó, se dejó llevar, y permitió salir del desván de su memoria ese momento. Aquel día también se rompió el cielo, llovía con fuerza. Jugaban bajo la lluvia sin importarles las posibles reprimendas de los mayores. Cuando por fin escampó, un hombre empujó la puerta siempre abierta que daba a Manuel Sandoval, sobre el hombro cargaba un objeto pesado. Se acercó a los adultos y les preguntó algo. El señor de la casa llamó a los pequeños, que se acercaron temerosos esperando el consabido castigo por el baño de barro que se habían dado minutos antes. El señor les ordenó colocarse delante de las tinajas, en contra de la opinión de la dueña de la casa y de la madre de Manuela. Los niños no podían salir de esa guisa en una fotografía, había dicho Antonia, pero el señor soltó una sonora carcajada y ellos obedecieron. El hombre descolgó la gran caja que llevaba sobre el hombro, la abrió y sacó algo que se extendía como el interior de un fuelle. Los pequeños abrieron los ojos todo lo que pudieron dándose con el codo uno a otro, se mantuvieron quietos y callados. Nunca habían visto una cámara de fotos. Alonso, Manuela y el bueno de Fede siguieron las instrucciones del fotógrafo, que dejó ese día plasmado en papel.

Otro trueno hizo regresar del pasado a Alonso. Miró a Manuela, quien movía la boca muy deprisa. Oía, pero no escuchaba lo que decía. Y por primera vez, desde que llegó, se fijó realmente en ella. Llevaba una falda escocesa de cuadros rojos y grises, un imperdible dorado impedía que al andar se abriera la prenda, era corta y dejaba ver unas piernas perfectamente moldeadas. El jersey era de cuello cisne color gris, que cubría una rebeca del mismo color. El pelo lo llevaba recogido en una cola de caballo. Al igual que en la fotografía, un mechón de pelo le caía sobre el rostro. Él sintió un pellizco en el corazón; y, sin pensarlo, en un acto reflejo, se acercó a

Manuela. Ella seguía hablando y él seguía sin escucharla. Lentamente, extendió la mano con cuidado, como si fueran a deshacerse los cabellos rebeldes que se habían escapado, y los retiró de la cara. Ella se estremeció al sentir la calidez de esas manos. No dijo nada. Fijó sus ojos en los de Alonso, sin quererlo, al igual que el día de su despedida se abrió una herida, ese momento puso el primer punto de sutura en sus corazones.

—Me tengo que ir, había venido para hablar contigo, pero creo que es mejor que lo hagamos en otro sitio. Este es mi teléfono, llámame, quedamos donde y cuando quieras.

No dijo nada más. Se dio la vuelta, salió al patio y se encontró de bruces con un sofocado Fede.

— ¿Ya...ya te vas?

—Sí, no puedo entretenerme más, pero no te preocupes, un día de estos vengo y te invito a un chocolate con churros y hablamos el tiempo que quieras.

Alonso dio una palmada en la espalda de Fede y se dio la vuelta para marcharse. Una lluvia tímida comenzó a humedecer la tierra hasta traer ese olor fresco que tanto le gustaba. Permaneció unos segundos frente a la casa contemplando la torre que destacaba en el paisaje. La lluvia se volvió más intensa y el frío ya empezaba a incomodarlo. En la calle, unos niños reían mojados y con las ropas salpicadas de barro. Con una triste sonrisa y la semilla de la duda creciendo en su interior, subió al coche.

Manuela no pudo dormir esa noche, estaba cada vez más inquieta. No era solo por la casa, tenía miedo a los fantasmas del pasado. Sin saber cómo ni por qué, recordó que su madre y la señora Antonia hablaban siempre de la habilidad que tenía Gisela para verlo todo. Gisela había sido muy amiga de las dos mujeres, era una señora entrada en años y discreta que se ganaba la vida como vidente, echaba las cartas a quien se lo solicitase, con la voluntad como contraprestación. Aunque Manuela no creía en esos temas, pensó en esa posibilidad. ¿Quién sabe? Toda ayuda, de las estrellas o de quién sabe, sería bien recibida.



Así que, una tarde en la que terminó pronto sus tareas, se armó de valor y se fue hasta la casa de la vidente, que vivía cerca de la plaza, en una modesta vivienda de la calle del Cristo. La mujer abrió la puerta y, después de los saludos protocolarios, guio a su visitante hasta una pequeña sala con un aparador, una mesa camilla y dos banquetas que completaban el mobiliario. Una bombilla con luz tenue colgaba del techo. Se sentaron. Una baraja con símbolos extraños apareció en las manos de la astróloga.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó a Manuela.

—Lo que me digan las cartas.

La mesa se llenó de símbolos. La vidente los estudió y, tomándose un tiempo de reflexión, comenzó a hablar:

—Tu vida está llena de sombras que me impiden ver con claridad tu futuro. Algunas personas intentarán ayudarte, pero tendrás que luchar mucho para alcanzar lo que deseas, aunque no será fácil. Un final incierto. Espera, sí, veo algo, pero es una imagen muy vaga, solo te puedo decir que el amor y las palabras te acompañarán en tu último viaje. Tienes que tener fe en ti misma. —Se quedó uno segundos en silencio y luego concluyó—: No puedo añadir más.

Dándole un pequeño sobre a la vidente, abandonó ese lugar. Confundida por lo que le había dicho, pensó: «Palabrería sin sentido». Lo único cierto y seguro era que seguía sin saber en quién confiar ni qué camino seguir. Sus pasos no la guiaron hasta su casa. Los actos de esa tarde parecían contradecir su manera de ser.

A la mañana siguiente, Manuela se levantó inquieta. Tras hablar con Gisela se sentía desconcertada, ella no creía en brujerías y zarandajas, pero su desesperación era tal que cualquier ayuda era bienvenida. No paraba de darle vueltas a la carta que encontró, se preguntaba si no habría más correspondencia entre los señores. Creció en ella una intensa curiosidad por saber más sobre su historia de amor, al fin y al cabo, habían sido una parte muy importante de su vida y nunca les prestó demasiada atención. El respeto y cariño que les tenía la mantenían al margen y la discreción la obligaba, tal y como le había enseñado su madre, a callar y no

preguntar. Conocer mejor a quienes las habían acogido le parecía algo hermoso, y más ahora que se encontraba huérfana de todos ellos. Sintió miedo porque temió que, al desaparecer la casa, esta también se llevara todo el amor que sintió allí.

La mañana transcurrió tranquila. Al caer la tarde, en un descanso de los quehaceres, Manuela salió al patio. No era habitual, pero cuando estaba preocupada solía fumarse un cigarrillo junto a uno de los naranjos que lindaban con el huerto, cerca de la puerta trasera de la casa, elegía ese lugar porque así podía ver cuando uno de sus alumnos se acercaba a la finca.

En su silencio, oyó a Fede recitar sus poemas mientras trabajaba en el huerto. Una leve sonrisa apareció en su cara. Aunque su extrañeza resultaba algo molesta en algunas ocasiones, en el fondo daba alegría a aquel inmenso lugar tan deshabitado ahora, y también a ella. La sonrisa se tornó en preocupación, pues no podía dejar de pensar qué sería de él si finalmente destruyesen la casa. El pobre no conocía otra forma de vivir más que la que tenían.

Una voz frágil y tímida se asomó tras la verja de la puerta:

—¡Señorita Manuela! ¡Señorita Manuela! Soy Carmen. He venido un poco antes.

—¡Voy, Carmen! ¡Te abro! —gritó Manuela asomándose tras el naranjo.

Con la llave de la cancela en la mano, corrió a abrir a su alumna de los martes. Manuela daba clases de piano a los niños del pueblo. Carmen era la hija del cartero, quien un día, un par de años atrás, al traer la correspondencia, oyó cómo Manuela lo tocaba y se quedó esperando para pedirle que enseñara a su hija; a él le hacía mucha ilusión, pues su padre fue músico y las tardes nunca estaban vacías en su casa, ya que las melodías las llenaban.

—Mi padre nunca me enseñó a tocar y, desde que él murió, siento que el silencio de mi hogar me duele. Solo cuando tuvimos a Carmen la casa se llenó de alegría y ruido. Así que me haría muy feliz si mi hija pudiera continuar lo que mi padre dejó a medias conmigo —había dicho ese día el hombre.



—Claro que sí, Paco, yo le doy las clases que hagan falta. Dime qué canción te gusta y se la intentó enseñar la primera.

—La que recuerdo con mucho cariño era la de La Argentinita, esa de los cuatro muleros...

—Pero, Paco, esa es de Lorca —dijo ella casi susurrando.

—Ya, ya sé que te pido mucho, pero es que es tan alegre... Además, ¿quién va a saber quién la tocaba? La mayoría no escuchamos música no por no querer, sino por no poder. Bueno, si no te atreves... pues no sé...

—Paco, ya me conoces, a pocas cosas les tengo miedo, pero me parece peligroso para tu hija. Mira, vamos a empezar por una nana de Manuel de Falla, muy bonita, la señora me la enseñó a mí siendo una niña. Se llama *Oración de las madres que tienen a sus hijos en brazos*.

—Vale, pero después alguna más alegre ¿Me lo prometes?

—Claro, dile a Carmen que se pase los martes.

El recuerdo de ese día se fue cuando Carmen dijo:

—Vamos, vamos, Manuela, que hoy me va a salir estupendo.
—La niña cogió la mano de su profesora y, tirando de ella, la apuró para entrar al salón.

—Ay, Carmen, qué contenta te veo.

—¡Sí! Te hice caso y pinté un piano en una tabla que me dio padre, así que cuando toco las teclas voy entonando con la voz las notas.

Una carcajada brotó de la garganta de Manuela, no recordaba la última vez que rio con tantas ganas. La niña comenzó a tocar mientras tarareaba la canción: «Dulce Jesús, que estás dormido, por el santo pecho que te ha amamantado, te pido que este hi...».

—Carmen, ese fa no es sostenido. Repítelo.

—Manuela, le prometo que he hecho sonar el fa bien.

—Vale, pero hazme el favor y repítelo.

La niña repitió la estrofa desde el principio, no sin antes echarle una mirada de recelo. Al llegar al Fa ambas se dieron cuenta de que el piano devolvía otro sonido. Manuela se levantó para abrir la caja y ver si había algún problema con las cuerdas cuando la interrumpió Alonso:

—¿Por qué habéis parado de tocar? Continúa, por favor. Esta canción me trae tantos recuerdos. Aún puedo verte al piano con la señora, como tú lo haces ahora con esta pequeña.

Manuela no podía evitar sentir nostalgia al oír las palabras de Alonso, aunque tampoco podía evitar la rabia por estar detrás de su desgracia.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Federico me ha abierto. Pasé caminando y oí la canción. Solo quería saludarte y entrar de nuevo a este caserón, recuerda que yo también me crie aquí.

—Sí, pero parece que el que ha olvidado todos los buenos recuerdos eres tú.

Alonso miró fijamente a los ojos de Manuela rebosantes de furia, luego desvió su mirada a la niña que los observaba algo asustada e hizo un gesto a Manuela para que dejase las riñas. La profesora, con un gesto de ternura, se dirigió a Carmen para que continuase la clase.

—Venga, Carmencita, enseña a este señor lo que has aprendido.

La niña comenzó a tocar. Alonso, acercándose lentamente, se sentó junto a ellas. Maestra y alumna comenzaron a cantar al son de las notas:

Dulce Jesús que estás dormido:
Por el santo pecho que te ha amamantado,
te pido que este hijo mío
no sea soldado.



Se lo llevarán, y era carne mía;
me lo matarán, y era mi alegría.
Cuando esté muriendo,
dirá: «¡Madre mía!»

Y yo no sabré la hora ni el día.
Dulce Jesús que estás dormido:
Por el santo pecho que te ha amamantado,
te pido que este hijo mío
o sea soldado.

Alonso no dejó de mirar a Manuela durante la canción, mirada que ella sintió y correspondió. Algo le decía que el Alonso que conoció alguna vez estaba en aquel salón. Casi pudo verlo tras el marco de la puerta escuchando agazapado, pues la señora no le permitía entrar cuando daba las clases. Él la esperaba paciente para salir a la alberca y jugar a los marineros. La melancolía la invadió al recordar que, aunque él no fue al frente, la guerra también se lo llevó lejos, pues su padre no regresó y su madre tuvo que marcharse para cuidar de su familia en Zaragoza, llevándose también a él y dejando a Manuela con la esperanza viva de volver a verle. Aunque ahora le costase reconocerlo, él fue su primer amor. Cuántas veces se imaginó viviendo exactamente esa escena: Él escuchando, ella al piano con una niña, pero siendo suya y de Alonso.

Al acabar la canción, escucharon al padre de Carmen llamando a su hija desde la cancela.

—Muy bien, la lección se ha terminado por hoy. Ambos tenéis que marcharos —dijo Manuela.

Él le agarró la mano acercándola a su cuerpo y con un tono susurrante y confiado le dijo:

—¿Podemos hablar?

Ella sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Sabía que estaba mal sentir aquello, él estaba casado y confabulaba contra la casa, contra todo su mundo, pero un atisbo en su interior deseaba

creer que Alonso seguía siendo aquel chico bueno y amable, generoso y siempre atento, aquel que tanto quiso.

—Manuela, por favor, tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? ¿Sobre la casa que quieres arrebatarlos? ¿O quizá sobre tu puesto en la constructora de tu esposa?

—No, bueno yo...

—Alonso, será mejor que vuelvas a tu lugar, que yo seguiré en el mío... hasta que uno de los dos consiga lo que desea.

—Lo que yo deseo no es arrebatarte esta casa, como dices. Si tú supieras...

—Sé que solo son intereses económicos, tus intereses; es únicamente el dinero que hay por medio —dijo ella con un hilo de voz.

Él rozó con su mano la de Manuela, ella la apartó con un gesto arisco mientras volteaba la cabeza y luego se dirigió, lentamente, hacia el interior del huerto. Alonso, con el rostro contrariado, la siguió con la vista. Al cabo de unos segundos, se marchó.

La tristeza fue inundando los pensamientos de Manuela, que no daba crédito a las palabras que él le había dicho. No lograba entenderlo; aunque la empresa fuera de su suegro era él quien llevaba las riendas, era él quien movía los hilos y, sin embargo, no paraba aquella situación que la tenía sumida en la desesperación más absoluta.

Recordó una noche en la que, siendo niños, se habían escondido entre los árboles. Las estrellas arrojaban su alborozo. Manuela, sonriente, miraba a Alonso a los ojos, que tenían un brillo especial. Se tumbaron en la hierba, uno al lado del otro, muy juntos, y se cogieron las manos. Dentro de la casa, los invitados charlaban animadamente ajenos a los chiquillos.

—¿Me lo prometes, Alonso?

—Te lo prometo. Siempre te voy a querer, Manuela. Así, como ahora.



Lloró recordando esa promesa. «Solo éramos unos niños llenos de ilusión», pensó. Durante muchos años, Manuela tuvo presente ese compromiso tras la marcha de Alonso. Cuando fue creciendo y los espejos del salón reflejaban a una mujer, pensaba en esa promesa recordando ese día en que tuvo a Alonso cerca de ella, tan cerca como para rozar sus manos. De aquella niña quedaba un pasado feliz en esa casa que era su mundo, su vida. Pero ahora, como adulta, tenía la responsabilidad de salvarla. Haciendo acopio de coraje, se dispuso a seguir adelante sin flaquear.

Entró en la casa tan absorta en sus pensamientos que apenas reparó en un pequeño gorrión que se había colado agitando estrepitosamente sus alas, estrellándose contra las paredes y las lámparas. El pajarillo revoloteaba sin tino seguido por la mirada de Manuela, que no acertaba a cogerlo para evitar que se hiciera daño con cada golpe que se daba. Extenuado, cayó al suelo y siguió aleteando hasta que se quedó atrapado entre los pedales del piano. Al agacharse para ayudarlo, notó algo extraño debajo de la caja de resonancia: un sobre de cuero estaba pegado en la madera. Lo abrió y encontró otro sobre más pequeño, esta vez de papel, con las iniciales de su madre en la solapa de cierre. Llamó a Fede para que se ocupara del animalito, este llegó rápidamente y lo tomó entre sus manos para llevárselo al patio.

Cuando se quedó sola, se sentó en la banqueta del piano, abrió el sobre y sacó el folio que estaba dentro. Leyó:

Torrejón de Ardoz, 5 de mayo de 1964

Mi querida Isabel:

Te he querido como a una hermana, y tú me has dado a la hija que nunca tuve, por eso te escribo estas líneas, pues es justo que sepas la verdad cuando venga lo inevitable.

Llevo algunos meses sintiendo que la memoria me falla y, por momentos muy breves, una angustiada confusión se apodera de mí y me deja paralizada sin saber qué hacer. Sé lo que me ocurre, pues esta enfermedad la vi muchas veces en los ojos vencidos y confusos de mi abuela. Y lo que hasta hace pocos

días había sido una sospecha, ahora es una certeza; esta mañana me lo confirmó el doctor Ferrero. Mi memoria no mejorará y me iré perdiendo a mí misma poco a poco. Esta vida ya no tiene más que acritud para mí. Me niego a vivir bajo estas condiciones deplorables, condenada a ser una sombra, tampoco quiero ser una carga para ti y para Manuela, no es justo someterlas a mis constantes descuidos y a los desvaríos de mi débil memoria. No voy a seguir aquí ni un día más. Lo que voy a hacer no es valiente, lo sé, y quizás revele la cobardía y el miedo que afloró en mí durante los últimos años, pero me sacará de mi tormento y evitará que ese tormento las arrastre a ustedes también. Tengo, sin embargo, la tranquilidad de que Manuela y tú no quedarán desprotegidas, y que esta casa siempre será un techo para vosotras y para Federico.

Lo siento, querida. Por favor, abraza a Manuela siempre dos veces, una de ellas por mí y por todo el amor que le tengo.

Reza por mi alma.

Antonia

Casi pudo sentir cómo el corazón se le rompía en pedazos. Esa mujer, esa buena mujer que había sido su segunda madre, había pasado por algo terrible y ella ni siquiera había advertido las señales. La quietud de la habitación se convirtió en una incómoda compañía que aumentaba su desazón.

Se levantó y se acercó a la ventana. Al abrirla, contempló la noche serena y clara que le ofrecía un espectáculo celestial, con la luna llena iluminando el firmamento y derramando su suave resplandor sobre la tierra. La luz de la luna, suave pero reconfortante, iluminó el rostro de Manuela, reflejando en sus ojos una mezcla de tristeza y nostalgia. Su mente se sumergió en un torrente de recuerdos, evocando un pasado marcado por la pérdida y el dolor.

En lo más profundo de su ser resonaban con intensidad las palabras de la carta escrita por Antonia. A pesar de la tristeza que sentía, le brindaba consuelo aquella promesa reconfortante: la casa familiar sería siempre un refugio seguro y un lugar de apoyo in-



quebrantable. Manuela reflexionaba sobre la paradoja entre esas buenas intenciones y la dura realidad, anhelando fervientemente que aquellas palabras se materializaran y evitaran el desalojo de su hogar.

Las muertes de Antonia y su madre, tan cerca la una de la otra y tan inesperadas, la dejaron con un enorme vacío, con una pena que pensaba no iba a superar jamás, pero sobre todo con la sensación de sentirse sola en el mundo, ese sentimiento de desamparo que dejan las guerras, las ausencias definitivas o una vida sin amor.

Al cerrar los ojos, se vio transportada a aquel seis de noviembre de 1965 cuando la crueldad del destino se llevó a su madre. Las imágenes de aquel acontecimiento se presentaron para avivar la punzada de dolor que aún apretaba su corazón.

El cielo llevaba más de una semana cubierto por nubes plomizas que amenazaban con descargar su furia en cualquier momento. La lluvia, como lágrimas silenciosas, caía intermitentemente empapando la tierra y creando un ambiente de inquietud en el pueblo. Pero aquel día la atmósfera era diferente. Los negros nubarrones, más densos y amenazantes que nunca, se movían veloces en el cielo presagiando un desenlace fatal. Un rugido sordo, semejante al lamento de una bestia herida, provenía de las entrañas de las nubes anunciando la llegada de la tormenta.

A primeras horas de la tarde, se desató el infierno. Los truenos, como gigantescos tambores de guerra, retumbaban y hacían temblar los cristales de las ventanas. Los rayos eran serpientes de fuego que surcaban el cielo con una luz cegadora, iluminando brevemente el paisaje con gran intensidad. Y luego, la lluvia. Esta empezó a caer con una fuerza inusual, parecía que el cielo se hubiera abierto de par en par para liberar toda su furia sobre la tierra. Los paraguas se doblaban ante el embate del viento, las calles se convertían en torrentes y el agua se colaba por las fisuras de las casas, amenazando con inundarlo todo.

Fue una tormenta como pocas, o por lo menos así lo recordaba Manuela. Un espectáculo natural que inspiraba temor y fas-

cinación. Los animales buscaban refugio en sus guaridas, las aves se resguardaban entre las ramas de los árboles y las personas se encerraban en sus hogares, anhelando que la calma llegara pronto.

Esa mañana, Manuela y unas amigas habían decidido visitar el Museo del Prado, sin advertir lo que pasaría después. Antes de irse, vio a su madre inquieta observando el cielo desde la ventana, temía que se desatara una tormenta y todo se inundara de nuevo, como ya había ocurrido en febrero del año anterior: Manuela y su madre habían tenido que bajar a la bodega para poner a salvo lo que estaba más cerca del suelo al percatarse de que el agua comenzaba a filtrarse. Aquel espacio era más que un simple almacén donde se guardaban los tesoros familiares; ahí había barricas de vino añejo reposado por décadas, aceite de oliva de cosechas pasadas, tarros de conservas con recetas ancestrales y un sinfín de recuerdos que encapsulaban la historia de la familia. Pero esa mañana ella estaba tranquila, así que intentó tranquilizar a su madre:

—No te preocupes, madre. No creo que pase nada, parece mucho ruido y algo de lluvia, pero quizás se acomoda al final de la tarde.

Isabel le comentó que sentía un estremecimiento que le recorría el cuerpo y le aconsejó quedarse en casa. Pero Manuela ya había quedado desde hacía días y no podía deshacer los planes. Así que le dio dos besos y se despidió con un abrazo largo. Recordó el calor de ese último abrazo como si estuviese sucediendo ahora mismo, cuánto hubiese dado por cambiar las cosas y no haber salido ese día de casa.

Tras un par de horas, que parecieron interminables, la tormenta comenzó a ceder. Los truenos se alejaron, los relámpagos se espaciaban cada vez más y la lluvia se había transformado en una llovizna persistente. El cielo se despejaba gradualmente, permitiendo que la luz del sol se filtrara tímidamente entre las nubes dispersas. Mientras tanto, en Madrid, Manuela y sus amigas exploraban la última sala del museo sumergidas en un mundo de arte e historia. Cuando llegaron a Torrejón, al caer la tarde, un escenario desolador las recibió: Las calles estaban cubiertas de barro, hojas



y las secuelas visibles de la tormenta en las fachadas de las casas. Un presentimiento sombrío invadió a Manuela, que apuró su paso hacia su hogar.

Una vez allí, llamó a su madre a gritos, buscándola en vano por cada rincón. La inquietud crecía con cada instante. De repente, sus ojos se fijaron en la puerta entreabierta de la bodega. Con el corazón latiendo desbocado, descendió las escaleras adentrándose en la oscuridad fría y húmeda. Un escalofrío la recorrió al ver la bodega inundada, el agua cubría el lugar. Miró por encima, pero no encontró rastro de su madre. Se fue hasta donde sus vecinas para preguntar por ella. Regresó acompañada de Federico, que acababa de llegar pues había estado todo el día trabajando en casa de un amigo de la familia, en las afueras del pueblo. Juntos descendieron nuevamente a la bodega, esta vez con linternas que iluminaban la lúgubre escena.

Avanzaron con dificultad por el agua que les llegaba hasta el pecho. Un silencio sepulcral ocupaba la bodega. De pronto, detrás de una columna, Manuela alcanzó a ver los brazos y el pelo de su madre, cuyo cuerpo inerte estaba atrapado en el cenagal que se había formado. Con un grito de dolor, se abalanzó sobre ella para intentar sacarla del agua, pero no podía soltar sus piernas del fondo. Fede movió lo que la retenía en el suelo y, al cabo de unos segundos, logró liberarla. La llevaron a la planta baja. Su cuerpo, exhausto y entumecido por el frío, se había rendido ante la inevitable muerte. Un tablón podrido del suelo había cedido y, al romperse, sus piernas se habían hundido hasta las rodillas en una trampa mortal. El agua la había cubierto por completo, acallando sus gritos y apagando su vida.

Al día siguiente, la iglesia de San Juan Evangelista se llenó de gente para despedir a Isabel en un funeral solemne. La tristeza reinaba en el ambiente, reflejando el vacío irreparable que su muerte había dejado. Un silencio se apoderó de la casa. La ausencia de Isabel se notaba en las calles apagadas, en las casas cerradas y en los corazones de sus vecinos.

No quiso permanecer más tiempo en ese recuerdo, así que cogió el diario de Antonia y leyó páginas sueltas:

12 de febrero de 1964

Esta mañana no recordé dónde guardaba el café. Cada vez me ocurre más seguido, y con frecuencia mis manos se vuelven torpes. Isabel y Manuela me miran a veces con curiosidad, como buscando algo que les dé respuestas. Los recuerdos están ahí: Ignacio, los días terribles de la guerra y los que vinieron después, la ausencia de Ignacio y el miedo a Francisco, su obsesión y el rencor de Teresa... Todo vuelve como si fuera hoy. Tengo que ir a ver a Gisela, hablar con ella me ayuda.

Por las mañanas, cuando salgo al patio a regar las plantas, puedo sentir la presencia de Francisco vigilándome desde el otro lado de la verja. Isabel me vio entrar deprisa a la casa el otro día, me preguntó qué me pasaba y las palabras me fallaron, solo pude decir: «Francisco Garcés». Ella entendió de inmediato y me abrazó. Pero lo que no sabe es que mi angustia no es solo por esa sombra del pasado, sino porque además mi confusión es cada vez mayor y cada momento se desvanece apenas lo vivo. Se terminará dando cuenta de lo que me ocurre... y no quiero que eso pase, no quiero.

¿Qué pasó con don Francisco, el padre de Pedro? ¿Qué significaban esas palabras de Antonia? Siguió leyendo:

5 de marzo de 1964

He comenzado a escribir listas de las cosas que tengo que hacer para no olvidarlas, tal y como me aconsejó Gisela. Ella me da confianza, alivia mi angustia y es capaz de ver más allá de la apariencia de las cosas. La casa parece hablarme y advertirme de algo, los espejos del salón me recuerdan mi descuido, mis olvidos. Tanto dolor.

¿Qué tanto sabía Gisela? Quizás no se trataba de mirar en las cartas, era la propia Gisela la que podría decirle algo sobre todo esto. Tendría que volver, lo haría por la mañana. Ya era tarde y el cansancio la estaba venciendo.



IV

El día aún no había comenzado y una nueva noticia había llegado para llenarla de angustia. El cartero llegó con otra notificación: tenía que desalojar la casa en las próximas semanas. Manuela y Fede tendrían que marcharse. Quizás era hora de reencontrarse con Alonso, de preguntarle por su ensañamiento con la casa. Recordó su intento de explicar algo, ese «si tú supieras» que no terminó de concretar. Pero era la promotora del suegro de Alonso la que construiría esos pisos de lujo en el terreno de la casa. Su pensamiento era un mar de dudas.

También recordó que tenía apuntado su teléfono en un trozo de papel, en su mesilla de noche. Decidió llamarlo para quedar y aclarar las cosas de una vez por todas. Una rabia infinita contra todo la invadía en ese momento. Le diría cuatro cosas, se iba a enterar ese malnacido de quién era ella. Se puso un vestido verde escotado y los únicos zapatos de tacón que tenía, y se pintó los labios con carmín rojo. Antes de terminar de maquillarse se miró con tristeza ante el espejo del tocador. ¿A quién quería engañar? Hacía ya días que su cuerpo temblaba cada vez que pensaba en él. No podría odiarlo nunca. Abatida, se sentó en la cama y se puso a llorar.

Había perdido la noción del tiempo cuando sonó el timbre de la puerta. Se levantó y corrió a abrir. Aunque el cartero había ido esa misma mañana, todavía le quedaba la esperanza de que algo cambiara, de que alguien parara aquel sinsentido. Se quedó bastante asombrada al verle allí plantado.

— Perdón si te molesto, Manuela, pero no puedo dejar pasar más tiempo sin que sepas lo que siento —dijo Alonso con palabras atropelladas, casi sin esperar a que la puerta se abriera del todo.

Manuela se quedó perpleja. No era la primera vez que él se presentaba en la casa, pero no esperaba su visita ahora, no después de las últimas noticias. Había pensado decirle tantas cosas... y, sin embargo, no era capaz de encadenar dos palabras seguidas para contestarle.

—Te juro que lo siento —siguió diciendo con los ojos vidriosos—. He intentado por todos los medios parar el derribo. Le he rogado y suplicado a mi suegro, pero ni siquiera él tiene los contactos necesarios. Te repito que hay alguien detrás de todo esto mucho más poderoso que mi familia, te lo aseguro, y no parará hasta ver esta casa fuera del mapa de Torrejón. —Después de una breve pausa, siguió hablando, ya con voz más calmada—. Además, tengo algo que decirte. Verte de nuevo ha hecho tambalear la vida que creía mía. Ahora soy un extraño para mí mismo, lo único que me devuelve a quien soy eres tú, es pensarte, verte, tenerte cerca. —La voz le temblaba y sus ojos parecían vibrar de verdad—. Déjame volver a ti, a tus manos, a tu pelo y a su olor a tierra húmeda. Este es el que soy realmente y así quiero que me veas de ahora en adelante, sin máscaras ni poses.

Ya no hubo más palabras, Manuela no lo permitió. Se acercó a Alonso y le rodeó la cintura. Sus labios se fueron aproximando lentamente a los de aquel hombre que había aparecido de nuevo en su vida después de tanto tiempo, tambaleando sus cimientos. Él se quedó inmóvil y con el corazón casi fuera del pecho. Ninguno de los dos quería acelerar el gesto, solo saborear ese instante. Manuela siguió su primer impulso, y cuando se quiso dar cuenta, su lengua había comenzado a jugar con la de Alonso, a descubrir sus labios mientras se apretaba fuerte a su cuerpo. Los besos les sabían a promesas, a tardes de merienda y risas en el patio de la casa cuando él iba a buscarla para charlar o dar un paseo.

—Anda, pasa —le susurró Manuela al oído, cogiéndole de la mano y llevándolo hasta la Sala de los Negros. Allí, junto al piano de cola, se desató lo inevitable.

Alonso la empujó con suavidad hacia aquella sombra negra que ocupaba el centro de la habitación. Se agachó y presionó con una de sus rodillas la entrepierna de Manuela, que se reclinó hasta que su espalda dio contra la tapa del piano, cerrando los ojos mientras él levantaba su vestido y le quitaba la ropa interior. Manuela había pensado muchas veces cómo sería ese momento, por eso decidió abrir los ojos, para no perder detalle de cómo Alonso recorría con su boca su piel erizada, parándose finalmente en la suya a la



vez que entraba con suavidad en su cuerpo como si fuera una casa que abre sus puertas para que pase el viento, haciendo temblar todo a su paso.

Ese piano, que tantas veces había acariciado con sus dedos, parecía tocar todas las melodías que la señora le había enseñado desde que era una niña. Escuchó la música en su cabeza y se dejó llevar. Las notas la fueron paseando por los lugares que había compartido con él, viendo aquellas imágenes de cuando eran niños: el camino al colegio de Alonso, cuando ella le acompañaba y después se volvía a casa a estudiar con Antonia; la orilla del río Torote y las calles del barrio del Castillo, donde iban a pasear para alejarse del centro del pueblo y contarse sus cosas. Esos pequeños secretos que compartían y que solo ellos conocían.

Manuela dejó escapar un fuerte gemido de placer, y su cuerpo se desplomó sobre el de Alonso. Ambos quedaron tumbados en el suelo, exhaustos, uno junto al otro. Sentía el calor que el cuerpo de Alonso aún desprendía, y se acurrucó junto a él, apoyando la cabeza en su regazo.

Estuvieron abrazados un largo rato, sin decir palabra, solo mirándose, hasta que Manuela se incorporó y lo cogió del brazo.

—Venga, entremos en el salón. La tarde se está poniendo fría. Encenderemos un poco de leña y tomaremos un café caliente.

Se sentaron en el sillón, junto a la chimenea. Los dos grandes espejos de la sala parecían observar a la pareja, como dos grandes ojos invisibles. Manuela se dirigió a la cocina a preparar el café mientras Alonso encendía el fuego. Cuando volvió al salón, lo encontró mirando la pared, distraído.

—¿Qué miras? —le preguntó intrigada, dejando la bandeja de los cafés en la mesa auxiliar junto al sillón.

Él dio un pequeño respingo, saliendo de su ensimismamiento.

—Miro estos viejos ladrillos y pienso con mucha pena que irán directos a uno de esos contenedores que el Ayuntamiento pone para el vertido de escombros.

—Sí, es una desgracia —asintió ella con el gesto torcido—. Esos ladrillos han visto y oído tantas cosas, tienen muchas historias que contar.

Manuela no podía dejar de pensar en lo que le había contado Alonso. Ahora le parecía sincero. ¿Quién era esa mano negra que estaba detrás de todo? ¿Quién podía ser tan cruel para dejarla sin nada? De repente miró su reloj y comenzó a sentirse algo incómoda.

—Tienes que irte, Alonso. Tu mujer estará preocupada, es tarde —dijo de pronto con voz triste.

—Manuela, mi matrimonio hace tiempo que no funciona. Marian y yo apenas hablamos ya entre nosotros.

—Pero parecías muy feliz con tu mujer cuando te vi en el ayuntamiento, estabais muy cariñosos.

Él se quedó callado un rato antes de continuar con la conversación.

—Es una fachada. Ella detesta haber salido de la ciudad para venir a este pueblo. Aquí no hay nada que le interese. Seguimos juntos por no enfrentarnos a la familia, por la costumbre, yo qué sé. Pero esto no podrá sostenerse por mucho tiempo. Me importa una mierda perder el trabajo en la constructora de mi suegro. Ya no puedo seguir con esta pantomima. No es justo, ni para nosotros ni para nadie. Aquí me he dado cuenta de que no es la vida que quiero.

Un silencio incómodo se apoderó de la estancia. En el seno de la chimenea el fuego crepitaba, poniendo banda sonora a las palabras de Alonso.

—Dicen que el amor verdadero solo ocurre una vez, y lo sabes porque te pasas el resto de tu vida intentando que alguien te haga sentir igual —musitó Alonso abriendo su corazón de par en par.

A Manuela se le puso un nudo en la garganta. Apenas podía hablar. Tan solo acertó a pronunciar unas pocas palabras entrecortadas:

—Yo siento lo mismo, Alonso. La sensación de estar volando cuando alguien te mira no la he vuelto a sentir. ¿Por qué crees que



no me he casado? —Su voz se iba tornando quebradiza—. Ni siquiera me he echado novio. No porque no haya tenido pretendiente, que los he tenido. ¿Te acuerdas de Manolín, que vivía en la calle de Enmedio? Estuvo años intentando que le hiciera algo de caso, pero yo no podía. Y después llegó Fermín. De eso prefiero no hablar. Ya nunca más pude confiar en un hombre.

Él se acercó a ella y la besó. Esta vez fue un beso dulce, como tratando de aliviar el sufrimiento que se asomaba en su rostro.

—Ya tienes lo que querías —susurró Manuela con voz melancólica—. Supongo que este es el beso de despedida.

—Te equivocas —contestó él—. Este es el primero de tantos besos. Todavía no sé cómo pude sobrevivir sin ti. Soñaba con tu rostro cada día. Con tu voz, con tus manos, esas que me sujetaban cuando me caía, esas que yo tomaba cuando te sentías triste.

—Vete ya, Alonso, se te está haciendo muy tarde y vas a tener que mentir para justificar tu ausencia —insistió ella, aunque en su interior una voz le decía que se quedara, que no se fuera nunca.

Alonso terminó de arreglarse para irse, su rostro expresaba la satisfacción y la felicidad nunca sentida hasta ahora. Se prometieron volver a verse lo antes posible. Aquella llama que había vuelto a resurgir no podía apagarse como había sucedido antes.

Manuela se quedó sola sentada en el sofá. Había sido maravilloso entregarse al hombre con el que sentía ese fuego interior que la hacía perder el sentido, pero como ocurre siempre, todos tenemos un yin y un yang en nuestras cabezas y ahora le tocaba a ella luchar contra ellos, y fue el yang el que empezó primero a torturarle la cabeza. Manuela, se dijo, te has entregado a un hombre que te puede haber engañado, está casado y, por si fuera poco, es su suegro quien desea derribarte la casa. ¿Acaso piensas que va a dejar todo su tren de vida y lujo por ti?, por mucho que te haya dicho que te quiere, sabes que ese refrán que dice «qué poderoso es don dinero» es cierto, y tú eres una ingenua que se ha echado a sus brazos por unos recuerdos infantiles. Casi al instante le replicó el yin: no le hagas caso, él te quiere y seguro lo has sentido por la forma en que

te ha besado, con la pasión con que ha rodeado tu cuerpo, hay que ser muy buen actor para hacer eso sin sentirlo realmente.

Quizás debería ir a ver a Pedro para sonsacarle algo. Podría tener alguna noticia del Ayuntamiento. Lo haría mañana, por ahora quería saborear lo que acaba de vivir con Alonso. Eso era suficiente para dormir lo que le quedaba de noche.

Al día siguiente, Manuela se levantó muy temprano. Tomó su taza de café y se preparó para su encuentro con Pedro. Aunque el tiempo avanzaba rápido y ella sentía que la casa se le deshacía poco a poco, el sol entrando por la ventana de la cocina le dio cierta tranquilidad. De pronto, la luz le dejó ver una grieta que salía del marco de la ventana y se alargaba hacia arriba, nunca antes la había visto. Pasó su dedo por la línea y su corazón saltó como advirtiéndole de un peligro. De la grieta oscura y gruesa salían hacia todas las direcciones otras líneas más finas e irregulares que se extendían como venas sobre la piel, como si huyeran de alguna amenaza invisible. Se olvidó de la grieta y vio a Fede ocupándose de las plantas, escuchó a los perros jugar y dio un sorbo a su café; la ansiedad se desvaneció al sentirse segura de nuevo, pues todo lo que quería estaba ahí, con ella. Fede terminó con las plantas y levantó su brazo moviéndolo de un lado a otro para despedirse.

—Vuelvo por la tarde, Manuela, tengo trabajo —le dijo.

Ella le sonrió.

Al llegar a la oficina de Pedro, este la recibió con cariño. Manuela le contó de la última notificación y le preguntó si sabía algo más.

—Manu —le dijo él —, lo he intentado todo. He hablado con los concejales, incluso con aquellos con los que no me llevo bien, pero todos me dan evasivas, quieren quitarse el marrón de encima. ¿Sabes lo que pienso?, que hay alguien más poderoso que en la sombra está gestionando este asunto.

—Algo parecido me dijo Alonso, y yo también lo creo así.

—¿Alonso? ¿Lo has vuelto a ver?



—Sí, bueno, hemos coincidido un par de veces.

—Cuántos recuerdos. Os llevabais muy bien de niños.

—Los tres nos llevábamos bien. Él te quería mucho, eras su mejor amigo, Pedro —dijo ella.

—Él siempre te prefirió a ti.

—No era cuestión de elegir, nunca tuvimos que hacerlo —mintió Manuela.

—Bueno, dejemos eso en el pasado, Manu. —Se levantó de la silla de manera abrupta, dio un sorbo a su café y dejó la taza sobre la mesa—. Déjame preguntar a un amigo de mi madre, si él no sabe nada ya me dirá qué podemos hacer. Él tiene contactos más pesados, conoce gente en Madrid.

Al despedirse de Pedro la invadió una tristeza extraña.

V

Desde el encuentro con Manuela, Alonso no había podido conciliar el sueño. Quería ayudarla, evitar el derribo de la casa. La noche anterior se lo había comentado a su esposa y a su suegro, ambos pusieron el grito en el cielo. Había mucho dinero en juego y no estaban dispuestos a renunciar a él.

Ya se había duchado y vestido. Había decidido, por primera vez en su vida laboral, tomarse la mañana libre; el trabajo siempre había sido su prioridad. La chica del servicio ya tenía preparado el desayuno en la mesa. Marian se sentó como siempre al otro extremo de la mesa. Fijó la mirada en su marido extrañada de la ropa que llevaba puesta. Había cambiado el traje y corbata por un jersey de cuello alto, unos pantalones vaqueros y una americana con coderas. Marian se abstuvo de hacer algún comentario al respecto.

—No entiendo tu cambio de opinión sobre esa estúpida casa ¿Ahora te has vuelto sensible a los recuerdos? —preguntó la mujer cogiendo la servilleta de hilo que tenía a su derecha para dejarla

después en el mismo sitio—. Parece que olvidas que si no fuera por nosotros serías uno de esos desgraciados y amargados oficinistas sin futuro.

Alonso respiró profundamente, entrelazó las manos y apoyó levemente la barbilla en ellas.

—Creo recordar que cuando entré a formar parte de las empresas de tu padre estas estaban en números rojos. No olvidéis que gracias a mí no tuvisteis que malvender todo y sufrir la vergüenza de la ruina. Solo os habría quedado un apellido.

—Sí, un apellido con mucho poder, que con un solo chasquido de dedos te hundiría, tenlo siempre presente, cielo.

—¿Me estás amenazando?

—¡No! Jamás osaría amenazar a mi amado esposo. Solo te lo recuerdo.

—No quiero discutir, ya quedó claro que no estáis dispuestos a cambiar de opinión. No sé cómo, pero tendré que decírselo a Manuela —pensó en voz alta.

Al escuchar ese nombre, Marian frunció el ceño y se retorció en su asiento. Esa mujer no era como el resto de sus conquistas. No se podía permitir el escándalo de una separación.

—Ten cuidado con lo que haces, querido, te recuerdo que en España no hay divorcio.

—¿Celosa, querida?

—La duda ofende, amor. Comprenderás que una bastarda e hija de una criada nunca estará a mi altura.

Alonso se puso en pie, esas palabras le habían dolido. Iba a replicar, pero se contuvo, no merecía la pena. Se marchó sin decir nada más.

Subió al coche y condujo hasta la casa de Manuela. La verja estaba abierta, sabía que estaba sola, el día anterior había hablado con Fede para que no estuviera por la mañana en la casa.



Llamó a la puerta, Manuela no tardó en abrirla, pues acababa de llegar.

—¿No me vas a dejar pasar? —dijo él.

Le hubiera gustado negarle la entrada, pero el deseo de compartir un solo minuto con él hizo que se apartara.

—¿Qué quieres? No tendrías que estar aquí, lo que pasó el otro día no tendría que haber sucedido, no tendríamos que haberlo hecho.

—¿Te arrepientes? —dijo acercándose a ella.

Manuela dio un paso hacia atrás temerosa de ella misma, ambos sabían la respuesta.

—Tranquila, solo vengo a que me invites a un café.

Fueron hasta la cocina. El olor a café de puchero, canela, azúcar y hogar se le quedó impregnado.

—¿Lo quieres muy cargado?

—No, corto y con leche. Ya he tomado uno en casa.

Al escuchar la palabra «casa» le vinieron cientos de preguntas. ¿Sería verdad que su matrimonio hacía aguas o era una mentira?

Se sentaron en la mesa, uno frente al otro.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Nada, solo un café y, bueno, que me dejes secuestrarte.

—¿Cómo? —preguntó achinando los ojos.

Alonso soltó una carcajada.

—Hoy me he tomado la mañana libre. Tú y yo vamos a subir al coche, nos vamos a Alcalá a pasar el día.

—Yo no puedo, tengo muchas cosas en la cabeza.

—Justo por eso, necesitas despejarte. No hay más que hablar. Tienes que salir, no pensar. Será como una de aquellas aventuras que vivíamos antes de la guerra.

Alonso tomó un sorbo de café sin quitarle la mirada. Estaba convencido de que no se iba a negar. Una sonrisa iluminó la cara de Manuela. En el labio superior de Alonso habían quedado restos de espuma, recordó los bigotes que le dibujaba la leche al beberla del tazón cuando era niño. Alargó el brazo y con el dedo índice le acarició el labio.

—Te has manchado.

Alonso le cogió la mano y, con delicadeza, se llevó el dedo a la boca. Ella se estremeció, tiró de él para que se levantara. Tomó su boca, la degustó, comió de esos labios sabor a uva recién cortada.

Alonso sentía como bombeaba la sangre en su pecho. En cada bombeo, el gigante dormido despertaba de ese largo sueño, dándoles cobijo como el útero de una madre a su hijo. Con pausa fue desabrochando uno a uno los botones de la blusa y la dejó caer sobre los hombros, la prenda se deslizó por la espalda de la mujer hasta tocar el suelo. Luego le soltó el pelo que tenía recogido, y este cayó libre como una cascada. Entrelazó sus dedos en el cabello, la atrajo hacia él para beber de su boca, para saciar la sed de sus labios, de ese cuerpo que deseaba, que añoraba. Se deslizaron hasta sentarse en el piso. Las baldosas duras y frías fueron perdiendo la rigidez, la dureza, tornándose en un cálido y muñado lecho que los envolvía, los abrazaba, que los hacía sentirse nuevamente vivos.

Se desnudaron con lentitud, estudiando sus cuerpos y grabando cada imagen en sus cabezas. Manuela lo dejó entrar sintiendo la contención del deseo. Solo estaban ellos dos en el mundo, ya no existía nadie más. Los relojes habían olvidado el tic, tac. Tan solo los acompañaba la melodía que formaban el viento y las ramas de los árboles al colarse entre las ventanas. Mojaron el suelo del amor guardado durante años. Sintieron el ansia de sus cuerpos y una descarga los recorrió tensando cada músculo.

Se quedaron abrazados y desnudos, ajenos al intruso que había presenciado parte de la escena desde la ventana. El hombre volvió sobre sus pasos. Caminaba deprisa, pero sin hacer ruido temeroso de ser descubierto. Le cubría una sombra de celos y rabia. Esos besos, esas caricias eran suyas. Las había soñado cada noche de su vida y ahora se las habían robado.



Salió de la casa y bajó hasta la calle de las Marquesas, pero no pudo continuar, los pies no respondían, se quedó anclado en el suelo. Tenía la necesidad de seguir en ese lugar, esperando sin saber qué. La esquina de las dos calles le protegía. No fue consciente del tiempo que permaneció esperando, media hora, quizás una, pero al fin los vio salir felices, cómplices. Los amantes subieron al coche y se marcharon. Pedro salió de su escondite. Sacó una pequeña agenda de su cartera y buscó un número. Se marchó del lugar a toda prisa, tenía que hacer una llamada y no podía demorarse más.

Manuela llegó a su casa con los últimos minutos de luz del día. Las horas habían pasado muy deprisa junto a Alonso. Pasearon por las calles de Alcalá, parándose en algunos bancos para descansar y seguir ensimismados el uno con el otro. Pero esa felicidad que la inundaba cuando estaba con él se volvía angustia a los pocos minutos de separarse. Ahí comenzaba a rumiar, y esa culpa recalcitrante que llevaba intrínseca desde niña, y que en los últimos años parecía haberse ido, se apoderó de ella de nuevo. La culpa asociada a lo que está y no está bien, a lo que se debe y a lo que no se debe hacer. Culpa por el simple hecho de disfrutar. Ella, que siempre se mostraba segura y confiada al tomar cada decisión, que parecía no preocuparse por lo que dijeran los demás, ahora sentía esa inseguridad emergiendo de su espalda como una sombra que crece cada vez más para arrastrarla hacia el fondo. Una culpa que, además, la llenaba de desconfianza. ¿Sería totalmente sincero Alonso con ella? ¿Por qué continuaba entonces con su mujer?

Después de quedarse un rato en la silla del salón, decidió ponerse el pijama y descansar. Aunque hoy había pasado un día feliz, el tema de la casa se volvía a asomar en forma de miedo y preocupación. Al día siguiente madrugaría y se acercaría otra vez al ayuntamiento para hablar otra vez con Pedro. No podía rendirse y debía buscar nueva información que le diera algún atisbo de esperanza de que se podía parar lo que parecía inminente.

Antes de que saliera el sol, Manuela ya tenía los ojos abiertos. No sabía cuánto había tardado en dormirse, solo recordaba que pasaron algunas horas hasta que su cabeza logró acallarse, teniendo varios despertares con la sensación de alerta y con dificultad

para volver a dormirse. Se levantó de la cama y se aseó un poco. Se puso una ropa y zapatos cómodos, ya que el día se preveía largo.

Iba caminando por la plaza cuando se encontró con Pedro, parecía venir del ayuntamiento. Llevaba en su mano una carpeta con documentos. Lo notó nervioso, más distante y frío.

—He estado viendo algunos documentos... —dijo él.

—Cuéntame.

—Creo que no hay vuelta atrás. Además, luego de la compra, la casa será derribada en unos días.

Manuela sintió ganas de llorar, intentó no hacerlo, pero un nudo en la garganta le hizo difícil hablar.

—No sé si es posible dar un margen para ver si encuentro algo que pueda detener este proceso —dijo.

—Hay algo que desconocemos y estoy seguro de que Alonso tiene algo que ver.

—¿Por qué lo dices?

—Te lo voy a decir, Manu, aunque te va a doler. Hace unos días vi a Alonso paseando con su mujer, estaban muy contentos. Están intentando ser padres, me lo dijo Marian hace poco. Pero el tema no es ese, lo que te quiero decir es que, según lo que dijeron con respecto a la casa, ellos también se beneficiarán de todo esto, porque el proyecto de la construcción es una propuesta del propio Alonso, es él quien está empeñado en construir los pisos en ese terreno.

Manuela se quedó sin palabras. Pensó que igual todo había sido una mentira de Alonso y realmente él había acelerado la situación. Pero de nuevo pensó en el último día que lo vio y en la forma en que la miraba y trató de apartar su desconfianza, aunque con poco resultado.

—¿Te lo dijo él mismo? —preguntó ella.

—Mira, está muy claro, su suegro también vio la oportunidad cuando él le habló del proyecto. Alonso sabe que acercándose a ti



puede impedir de la manera que sea que encuentres una salida legal para evitarlo, para que le salga más barato y ellos sean los propietarios del nuevo inmueble que pretende construir.

—¿Y qué podría encontrar?

—Otra cosa te tengo que decir —prosiguió Pedro ignorando la pregunta de Manuela—: Van con cautela porque creen que tú tienes un as bajo la manga que pretendes utilizar en cualquier momento —concluyó en un tono más amable.

—Pero ¿qué puedo tener?

—Pues muy sencillo: las escrituras de la casa, algún documento que haga mención a ello, el contacto con un heredero o cualquier papel que les eche por tierra la compra. —Un silencio se quedó suspendido entre ambos durante un instante—. Manu, sabes perfectamente el cariño que te tengo y que le guardo a Alonso, pero pienso que él está tratando de sonsacarte información para poder estar tranquilos. Como sabes muy bien, durante la guerra se perdieron muchos papeles y documentos que ahora son muy difíciles de encontrar o definitivamente se han extraviado.

—Creo que no hay nada, Pedro. Yo he buscado por toda la casa, y tampoco los señores dejaron familiares ni nadie que pueda reclamarla, o por lo menos no tengo conocimiento de que existan.

—En el Ayuntamiento hay tanta corrupción que va a ser muy difícil que puedas sacar algo. He visto a Alonso hablar con mucha gente de aquí, concejales, incluso con el alcalde, y también he visto cómo se despedían con un abrazo. De este lugar nada conseguirás. Alonso los tiene a todos muy atados y, como te he dicho antes, la cantidad a recibir es muy jugosa en comisiones.

—Entiendo. Es lógico que Alonso se lleve una comisión y una ganancia por su trabajo, al fin y al cabo, es la constructora que dirige. Pero creo que está intentando detener ese proceso, la casa es también parte importante de su infancia... de la nuestra —dijo Manuela.

—Manu, no quería decírtelo, pero veo que no entiendes lo que sucede. Acabo de ver unos documentos firmados por Alonso que

facilitan y aceleran el proceso de compra y derribo de la casa, el documento tiene fecha del día antes de que recibieras la última notificación. No he entendido muy bien de qué se trata, apenas lo pude ver durante unos segundos y no supe cómo sustraerlo. No puedes confiar en nadie, si consigues algo, cualquier escrito o lo que sea, debes mostrármelo primero a mí para saber cómo actuar. Yo tengo abogados muy buenos que podrán ayudarte. Pero jamás le comentes a Alonso nada de lo que hablamos ni de cualquier cosa que pueda ayudarte a detener la venta, te podría perjudicar.

—Necesito unos días para pensar en todo esto —dijo Manuela con voz apagada.

Estaba muy confundida y casi se había quedado sin palabras.

—No tienes tanto tiempo, pero te recomiendo que descanses. Para mí sí es importante esa casa, ahí te conocí y pasé mi infancia. No entiendo cómo Alonso es capaz de olvidar todo eso por dinero.

Después de despedirse de Pedro, un dolor intenso la dejó sin aire. Necesitaba andar un rato y soltar ese malestar que no la dejaba respirar. Anduvo sin ninguna dirección, con mil ideas en su cabeza, hasta que se sentó en un banco para pensar con calma. Y ahí, con la decepción y la herida de nuevo abierta, se permitió por fin dejar salir las lágrimas que había contenido hasta ahora. Por un lado, no quería creerse lo que le había dicho Pedro, pero por el otro, sabía que era posible que fuera cierto.

Manuela estaba sumida en sus pensamientos cuando alguien la tocó en el hombro. Era Gisela.

—Querida, ¿qué haces aquí tan temprano?

Manuela la miró y se abrazó a ella buscando consuelo.

—Ya no hay nada que hacer, no he sido capaz de encontrar una solución para poder salvar la casa, Gisela. Lo he intentado todo, pero tengo la impresión de que todos los que me rodean parecen tener un motivo oculto para derribarla.

—Vamos a mi casa, tenemos que hablar.



Como de costumbre, puso la radio nada más entrar, no le gustaba sentirse a solas con sus fantasmas, y se empezó a escuchar el bolero *Historia de un amor*.

—Mira por dónde. Me viene bien esta canción para explicarte algo que quizá desconozcas.

Puso un cazo con agua para hervir y se sentaron en la mesa de la cocina, cerca del fuego.

—Como ya sabes, tu madre y yo nos conocimos en la escuela, en la clase de doña Concha, cuando teníamos cinco años. Desde el primer momento nos hicimos amigas, quizá porque éramos las más escuálidas de la clase y nos sentíamos más fuertes juntas. Nos permitieron estudiar hasta que tuvimos nueve años, después, cada una seguimos un camino diferente: tu madre empezó a servir en la Casa de la Torre y yo, a coser en un taller, teníamos que ayudar a nuestras familias.

»Por aquel entonces, la Casa de la Torre era propiedad de la familia de Pedro Garcés, tu amigo, pero su padre, que era un vividor, se la jugó en una partida de cartas en un viaje que hizo a Valladolid y la perdió a favor de don Ignacio.

Se quedó ojiplática, nunca había oído esa parte de la historia de la casa.

Gisela se levantó y apagó el fuego.

—¿Te apetece té o manzanilla?

—Manzanilla, por favor, necesito calmarme.

—¿Nunca te has preguntado por qué la madre de Pedro lo sacaba a rastras de la casa cada vez que le veía jugando con vosotros?

Manuela retrocedió en sus recuerdos. Era cierto, su madre siempre iba a buscarlo cuando estaban en lo mejor de los juegos y Pedro acababa llorando.

Gisela continuó hablando:

—Teresa, la madre de Pedro, nunca lo perdonó. Era la casa familiar desde hacía varias generaciones. Durante un tiempo in-

tentaron comprar la casa a don Ignacio, pero a él le gustaba mucho la propiedad y nunca accedió a ello. —Tomó un sorbo de té—. Era un hombre muy apuesto, no sé si lo recuerdas. Nada más llegar a Torrejón, se instaló en la casa. Doña Antonia por aquel entonces era novia de Francisco Garcés.

—¿Qué? No puede ser.

— Sí, sí, puede ser. A veces la realidad puede superar a la mejor novela de Corín Tellado.

— Pero ¿cómo terminó casada con don Ignacio?

La cabeza le daba vueltas. Pedro también podía tener intereses ocultos para que la casa se derribase.

Súbitamente sonó el tintineo de una campanilla.

—No estamos solas —dijo Gisela.

Manuela la miró con expresión de temor. La vidente le puso la mano en el hombro y continuó:

—En este momento de tu vida, querida, yo temería más a los vivos que a los muertos.

Manuela sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Puedo tomar más manzanilla? Me he quedado helada.

Gisela se levantó para poner más agua a calentar. Manuela la escuchó susurrar. «Sí, se lo diré, pero sin prisas. Necesita asentar lo que le estoy contando, está asustada».

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí, el día que se conocieron don Ignacio y doña Antonia. Ella había regresado un año antes a Torrejón tras haber estado estudiando en París durante una temporada. No tenía amigas, por lo que no salía mucho por el pueblo; solo se dedicaba a leer y tocar el piano. Un día coincidió con Francisco, el padre de Pedro, en una fiesta, y él se enamoró de ella. Empezó a visitarla cada día con la excusa de que le diera clases de francés. Ella se dejó halagar, la hacía sentir segura con sus desvelos y sus ramos de flores. Se veían todos los días y la gente comenzó a decir que eran novios, aunque nunca llegaron a comprometerse. Hasta el día que



don Ignacio irrumpió en sus vidas y todo cambió. Era alto y guapo, de pelo negro y ojos oscuros. Tenía cerca de treinta años, diez más que doña Antonia, y la experiencia de haber luchado en el desastre de Annual. Y ese día entre los dos surgió el amor.

Manuela seguía absorta por todo lo que le estaba contando Gisela que, mientras hablaba, parecía envuelta en un halo de luz.

—Se enamoraron, se casaron y crearon su hogar en la Casa de la Torre, donde tu madre volvió a trabajar como ayudante de la cocinera. Doña Antonia empezó a cogerle cariño a esa jovencita de cuerpo desgarbado que le recordaba a su hermana pequeña. Con el tiempo, don Ignacio también le cogió cariño, o algo más que cariño. Tu madre nunca me lo contó, pero una vez insinuó que entre los tres había un pacto. Doña Antonia no podía tener hijos, lo intentó, pero en tres ocasiones no llegó a buen término y eso le dejó huella en su cuerpo. Cuando tu madre se quedó embarazada todo fue un revuelo en la casa, parecía un deshonor, excepto para los señores, que te acogieron como si fueras su hija.

«Su hija, si hubiera sido su hija no estaría pasando por este calvario; pero no, no era su hija, no tenía derechos», pensó Manuela.

—Recuerda. Piensa en el día que don Ignacio se fue a la guerra.

De nuevo sonó lo que parecía una campanilla lejana.

—Recuerdo que ese día el cielo estaba gris —dijo Manuela—. Don Ignacio me llevó ante uno de los espejos del salón y me cogió en brazos, aunque yo ya tenía diez años. Entonces me hizo mirar nuestro reflejo y me pidió que recordase esa imagen y me dijo algo que no entendí: que algún día, cuando fuera mayor, tendría que ser como Alicia en A través del espejo. Después, me besó en la frente.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Comenzó a recordar que su madre estaba en la puerta de la cocina y lloraba desconsoladamente. Don Ignacio se le acercó, la abrazó y le dio un beso en la comisura de los labios. Fede también se acercó a abrazarlo con fuerza, siempre lo había tratado bien y lo animaba a leer los libros de la biblioteca. La última de la que se despidió fue de doña

Antonia que, rota de dolor por la despedida, lo abrazó sin querer dejarlo ir, tirando de su chaqueta, y él le besó las manos justo antes de partir.

Gisela siguió contando sucesos que Manuela parecía haber olvidado, pero que ahora se removían en su interior. Unos días antes de ir a la guerra, doña Antonia e Isabel la fueron a ver. Ella les comentó que don Ignacio debía hacer testamento, pero el notario estaba fuera de Torrejón y regresaba al día siguiente. Doña Antonia e Isabel sabían que Gisela había visto la muerte de don Ignacio, les había vaticinado que nunca regresaría de la guerra, como así fue. Murió en una emboscada cuando ya habían transcurrido siete meses de su partida, sin embargo, la noticia no llegó a Torrejón hasta que pasó el año. A partir de ese día, Francisco Garcés volvió a tocar la cancela de la Casa de la Torre. Ante la mirada celosa de Teresa, su mujer, quiso volver a recuperar lo que consideraba que había sido suyo. Él se había librado de ir a luchar porque tenía el suficiente dinero para no hacerlo. Y así, día tras día, comenzó a perseguir a doña Antonia con un deseo enfermizo que hizo nacer en el corazón de Teresa un odio a todo lo que significaba doña Antonia y la Casa de la Torre. Teresa pensaba que algún día se haría justicia y las cosas volverían a su orden natural. Lo juraba cada noche después de rezar el padrenuestro con su hijo Pedro. Años más tarde, Francisco murió de una enfermedad que lo consumió con una rapidez sorprendente, la gente decía que era por el rencor y el amor no correspondido, estos dos sentimientos concentrados en la misma persona se vuelven insoportables y terminan corrompiendo todo por dentro. Y luego siguió Teresa, que casi perdió la cordura hasta que la muerte la sorprendió durmiendo, su corazón no soportó más.

—¿Cómo sabes todo eso, Gisela?

—Hay cosas inexplicables, Manuela, y esta es una de ellas.

Un silencio recorrió el espacio rodeando a las dos mujeres. Manuela cubría su taza con las manos y Gisela extendió sus brazos hacia ella dejando ver sus palmas, Manuela acercó las suyas aceptando el gesto de apoyo.

—No estás sola, querida. Los que te quisieron te siguen



acompañando, lo puedo sentir —agregó Gisela.

—Es tarde, tengo que irme. Fede estará preocupado.

Las dos mujeres se abrazaron y Manuela regresó a casa despacio, intentando poner en orden lo que le había contado Gisela. Lo que más daño le hacía era pensar en la posibilidad de que Pedro tuviera algo que ver con lo que estaba ocurriendo, cuando ella había confiado en él.

Antes de entrar en casa, Manuela miró hacia el cielo y contempló su tono plomizo, un gris denso y uniforme que parecía estar a punto de caer sobre ella. Se cubrió el cuello con la bufanda y se abotonó el abrigo. Las temperaturas habían bajado mucho en los últimos días, tendría que decirle a Fede que buscara más leña para estar preparados. Una tristeza fría le recorrió el cuerpo, podía prepararse para la nieve, pero no para descubrir la oscuridad y la traición en las personas queridas. No podía asimilar todavía la historia que acaba de escuchar.

Pedro era su amigo, el que lloraba cuando se caía y se raspaba las rodillas, también el que pensaba con frialdad las situaciones, contaban con él para salir airoso ante cualquier problema. Lo recordaba cogiéndolos de las manos a ella y a Alonso para arrastrarlos y echar a correr cuando rompían algo. En las últimas semanas, él la había apoyado y ella había recibido sus consejos como un rayo de esperanza. ¿Era todo una mentira?

La voz de Federico, que hablaba con alguien, la sacó de su embotamiento. Entró con prisa y vio a Pedro acariciar la cabeza de uno de los perros mientras charlaba de forma amistosa.

—Ma... Manuela —saludó Fede—, mira a quién trajo el viento.

Pedro se acercó a ella y la saludó con un abrazo. Luego le puso una mano en el hombro y, con expresión de resignación, dijo:

—Manu, creo que es hora de que pienses qué hacer con las cosas de la casa. Yo quiero ayudarte, puedo guardártelas en un espacio que tengo cerca de aquí mientras consigues un lugar para vivir.

—Ya veo que te das por vencido. Qué curioso.

—¿Por qué lo dices en ese tono? Yo solo quiero ayudarte —dijo él metiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Ayudarme a qué? ¿A salir de la casa?

—No entiendo lo que dices...

—¿Sabes el tiempo que he perdido esperando tu ayuda? Ahora entiendo que no me querías ayudar, todo lo contrario, querías que yo no hiciera nada para que la venta de la casa fuera irremediable.

—Te quedan pocos días, entiendo que estés sensible, las mujeres sois así.

—No, las mujeres no somos «así», Pedro. Veo que la educación no te ha servido de nada, algunos como tú ven mucho mundo, pero no saben verlo sin los prejuicios de siempre.

—Ya veo por qué te has quedado sola. Te crees la dueña de esta casa solo porque fuiste la obra de caridad de Ignacio y Antonia.

Manuela apenas fue consciente de lo que ocurrió a continuación, notó su mente desvanecerse y volver a ella cuando un dolor en la palma de su mano se hizo notar.

—¡Manuela! —gritó Fede sujetándola.

Ella luchó contra el agarre y alejó a Fede.

—¿Te has vuelto loca!? —gritó Pedro llevándose la mano a la cara.

—Federico, ¡vete a ver a las palomas! —le pidió, esta vez sin el tono cariñoso al que le tenía acostumbrado.

Él no dijo nada, solo se le quedó mirando nervioso, indeciso. Al ver que Manuela no le suavizaba la mirada, se dio media vuelta y se dirigió al palomar. Era triste ver algo tan frágil y bonito romperse, pero Federico sabía que algunas cosas tenían que quebrarse para dar paso a otras más bonitas.

—Dime, Pedro, ¿no te da vergüenza hacer todo lo posible



para demoler la casa que una vez perteneció a tu familia? No creo que tu madre estuviera orgullosa de lo que estás haciendo.

Manuela era consciente de que su apuesta era fuerte y había puesto las cartas sobre la mesa, pero no iba a ocultar nada, ya no más. Vio cómo la cara de Pedro se relajaba, pero este se mantuvo firme en su sitio.

—No sé de qué me hablas.

—¡Sabes perfectamente de qué te hablo! El señor Ignacio y la señora Antonia, «señora y señor», no «Ignacio y Antonia», te quisieron como si fueras uno más de la familia.

—Para todo lo lista que aparentas ser, Manuela, no puedo creer lo ciega que has sido toda tu vida. ¿Que me quisieron como una familia? Por favor, solo me restregaban por la cara lo que por derecho era mío.

—¡Eso fue culpa de tu familia! Fue tu padre el que se buscó todo lo que les pasó.

—¡Mi familia cayó en desgracia por culpa de tus queridos señores! ¿Tienes idea siquiera de lo que pasó mi madre por culpa de Antonia?

—¡Señora Antonia!

—Da igual, para ti sí fueron una familia, pero yo solo escuchaba sus nombres cada vez que veía a mi madre llorar. ¿Sabes cuánto sufrió cuando perdieron la casa? ¿Cuánto dolor sentía al ver a Antonia coquetear con mi padre cuando Ignacio no estaba?

—La señora Antonia no haría eso nunca. Ella no era así.

—¿Qué vas a saber tú? ¡Tú no sabes nada! Todo te lo taparon, te criaste entre algodones solo porque tu madre supo con quién meterse.

—Es mejor que te vayas, no te voy a seguir el juego —dijo Manuela conteniendo la rabia.

—Sí, pero te recomiendo que vayas recogiendo tus cuatro cosas cuanto antes. Esta casa nunca fue tuya, y muy pronto de ella

quedarán solo escombros. —Cogió una carpeta que había dejado antes sobre la mesa del patio, se dio la vuelta y se fue sin decir nada más.

Las manos y piernas de Manuela temblaban. Se sentó para recuperar fuerzas y calmarse un poco, pero al mirar al suelo le llamó la atención una hoja envejecida que se había quedado atrapada debajo de una maceta. Se agachó y reconoció las dos figuras de la imagen. Era una fotografía de dos niños que sonreían a la cámara. Se llevó una mano a la boca sorprendida al reconocer a Pedro y Alonso, sin embargo, un nudo se instauró en su garganta al ver que, la parte derecha, donde ella debería haber estado, había sido cercenada. Manuela se derrumbó de nuevo.

Federico apareció delante de ella y se le acercó despacio, como quien se acerca a un animal herido, y la abrazó ofreciendo su hombro para que Manuela se apoyara durante ese momento de tristeza. Aquel hombro comenzó a llenarse de lágrimas rotas, cristales despedazados que se escondían tras la piel de un hombre cuya naturaleza le había entregado el dolor de poder ver a las personas, la intuición de sentir la palabra oculta en el gesto intranquilo de los animales, un don cuya locura nunca se lo dejó mostrar. Y aquella divinidad que Federico poseía fue calmando lentamente el desgarramiento de Manuela. Poco a poco, el llanto fue dejando paso al silencio hasta convertirlo en un estanque de agua sagrada que duerme callada sobre los muros férreos de la casa.

Cuando Manuela volvió en sí, fijó su mirada en los ojos inocentes de Federico, un túnel de luz donde todos veían la oscuridad y el desorden establecido que ordenan las personas; nunca antes se había sentido tan protegida y, en ese preciso instante, supo por qué aquel chiquillo torpe y de sonrisa mutilada por el paso de los años siempre la había seguido cuando era niña, por qué la recogía cuando se caía o por qué no se iba a dormir hasta que ella no regresaba. Federico vigilaba a Manuela porque así se lo había encomendado el señor Ignacio, y como buen fiel animal que cumple a su amo, él jamás desobedeció las palabras del señor de la casa, unas palabras que le dijo la primera vez que Manuela llegó llorando del colegio porque decían que era una bastarda, que no tenía padre y que su



alma nunca iría al cielo. Desde aquel día, Federico se había convertido en su guardián.

VI

La noche había encerrado la casa dejando libre el humo de la chimenea que ascendía hasta perderse por encima de la cúpula. Manuela seguía dándole vueltas a la discusión con Pedro. Su piel ya calmada reposaba en el sofá del salón. Federico la había dejado a solas con sus pensamientos mientras él había regresado a su refugio con las palomas, que ya dormían. Sabía que el dolor es la parte invisible de las personas, un grito desesperado que utiliza el cuerpo para transformarse en aquello que deseamos ser. A veces el dolor se hace tan insoportable que el alma decide ponerle fin porque no encuentra ningún sentido por el que seguir luchando, es entonces cuando su carne va descomponiéndose hasta desaparecer. El dolor que Manuela sentía por la pérdida de la casa, ese mismo dolor le había llevado de nuevo no solo a encontrarse con Alonso, le había llevado a entregarse a él y aún más importante, que todavía no comenzaba a asimilar, su grito desesperado por hacer todo lo posible para salvar la casa le había traído su verdadera identidad, un pasado que desconocía y que comenzaba a dar forma donde antes solo había sombras.

Deslizó la manta que arropaba su cuerpo, se levantó, anduvo un par de pasos para coger un tronco de encina que arrojó al fuego, para luego volver a la posición donde estaba. Mientras la lumbre cogía fuerza, Manuela acercó la pesada manta hasta cubrir su cuello. Cuántas veces había estado bajo el calor de aquellas manos convertidas en sueño a cobijo de la chimenea, cuántas y en ninguna se había hecho la pregunta que acababa de hacerse. Mientras observaba la similitud que desprendía el doble reflejo para convertirlo en una sola mirada, se dio cuenta de que la vida sin amor no era vida, de que su vida, a la que se había acostumbrado y a la que confiaba la mitad de su tiempo en entender, cobró todo el sentido mientras seguía contemplando la respuesta en los dos espejos que

habían gobernado, y lo seguían haciendo, en la tranquilidad de dos cuerpos que nacieron para amarse. Tantas veces había visto al señor Ignacio leyendo en voz alta a la señora Antonia, en aquel mismo sofá, hasta que ella se quedaba dormida sobre su cuerpo; dos reflejos, dos almas y un solo amor. Desde allí, mirases al espejo que mirases, solo podías verte a ti, pero ahora ella veía a los señores de la casa: vio a una mujer valiente que rechazó al hombre que no quería por entregarse a la persona que amaba con toda su verdad, la única que daba sentido a una vida de la cual nos pasamos la mitad preguntándonos si aquello que hacemos será lo correcto. La señora Antonia había encontrado a su amor, y el dolor yermo que corría bajo las enaguas de terciopelo, un dolor que la llevaba a encerrarse hasta vomitar sangre de rabia, de injusticia por desear lo que nunca llegaría, no le hizo abandonar esta vida porque había encontrado su sentido hasta que dejó de tenerlo. Todas esas veces que le había dicho a Manuela que amar es comprender a tu otra mitad, le había hecho entender el secreto guardado que la trajo a este mundo, un secreto nacido en el amor de dos personas que confiaron en un vientre puro que accedió a otorgarles el poder de sentir el regalo de la vida. En ese momento, Manuela comprendió todo y maldijo a las épocas y a las personas que se oponían a la felicidad de aquellas que nunca tuvieron miedo de vivir su vida, una vida que nos acabará arrastrando hacia un recuerdo del que solo seremos ceniza. Y allí, oculta bajo la lana tejida en las tardes de invierno, pensó en voz alta que la vida sin amor no era vida, sino la mitad de esta, una vida que nos atrapa y termina por destruirnos por no atrevernos a construir nuestro camino, empeñados en seguir los pasos de quienes quieren que su desgracia sea la nuestra.

Fue entonces cuando sintió que un hilo de luz anudaba sus manos, un hilo azul tan fino que no somos capaces de ver pero sí de sentir, aquel viento frío bailaba sobre ella, giraba, corría sobre un cuerpo que la hizo levantarse. Primero descolgó el espejo derecho, ese que posee la fuerza y el control natural de lo visible. Puso el cristal boca abajo tapando su brillo, enseñando su piel, y con suavidad deshizo las cuatro pestañas que cosían la carne en su interior, el hueco vacío de lo que solo vemos y no sentimos. Entonces, con la misma técnica, repitió sus movimientos con el espejo izquierdo,



la parte invisible que otorga la vida y solo quien tiene el poder de darla es capaz de percibir lo intangible. Allí estaba, en el útero desangrado tras la pared de cristal, un sobre de color perdido por los años, un color apagado que fue recobrando la vida cuando vio su nombre en la caligrafía de su padre: «Manuela». Sus mejillas sonrosadas por el calor de las llamas que producía la chimenea ascendían en posición de sorpresa, de alegría, de lágrimas felices que bañaban su cara. Abrió el cajón de la vitrina, cogió el abrecartas —el sobre parecía deshacerse en su mano temblorosa mientras con la otra sostenía el puñal afilado—, rajó sus entrañas y extrajo con el filo de sus dedos la vida silenciada de aquellas personas que tuvieron que vivir bajo las garras del crucifijo y el orden militar, un miedo que se fue perdiendo a medida que la savia más joven crecía y su luz comenzaba a bostezar sobre las olas blancas del mar, como en aquellas cuartillas que se escondían tras las cadenas del tiempo. Una cárcel para muchos por la ambición y el poder de unos pocos se abrió para entregarle la verdad. Así actuaba la vida, pensó, por muchos años que pasen tarde o temprano aquellos que tuvieron que esconder su dolor regresarían para enseñarte tu camino, un dolor que necesitaban aliviar en otro cuerpo y sentir la libertad que todo ser humano merece al llegar a este mundo.

Volvió a sentarse en el sofá, se subió las mangas del jersey hasta dejar visibles los codos, arrojó la manta a un lado y, con la tranquilidad de saber lo que no quería para su vida, leyó sin poder contener de nuevo sus lágrimas. Letra a letra, párrafo a párrafo, fue descifrando el contenido de esa carta que le entregaba el control y la posesión absoluta de la Casa de la Torre.

El olor a café iba recorriendo cada centímetro de su hogar, un velo visible de humo blanco ascendía por la cafetera. La lumbre moría dejando aún el calor de una leña descompuesta en carbón. Sobre el sofá, los rayos de un amanecer sigiloso abrazaban el cansancio de una mujer resucitada. Alonso, antes de volcar sobre las tazas el beso líquido de la mañana, besó los labios de Manuela para despertarla, sus labios eran tan suaves como el aire cálido que recorre la piel en las tardes de verano, un beso húmedo que a punto estuvo de convertirse en agua. Al despertar, vio las manos de Alonso cus-

odiando un testamento que ella hacía pocas horas conocía, unas hojas que acompañaron la vigilia sobre el pecho de la que sería la futura heredera. Él pudo ver su sonrisa, ella pudo contemplar el interrogante en los ojos de él.

Antes de contarle todo, antes de levantarse y dirigirse a la cocina como una pareja que lleva toda una vida juntos, se preguntó cómo había entrado a la casa, por qué había preparado café y por qué la había besado para despertarla. Supo rápido que fue Federico quien abrió la puerta y que en su protección residía su felicidad, lo demás se lo guardó para ella, no se lo preguntó porque entendió que las voces que guardaban la casa le habían traído lo que no se atrevía a reconocer y por fin comenzaba a llevarlo al lugar natural de las personas, un lugar que nos hace sentir hasta arañar la tierra, una rutina que comenzaba a gustarle.

Sentados en la mesa de la cocina, a los pies de la ventana, la luz de las primeras horas del día llenaba de palabras y admiración el brillo en los ojos de dos personas que no paraban de escucharse y hablar, dos mitades que formaban un solo reflejo en la mirada de cada uno y, aunque el amor inunde las esquinas perdidas del alma, el nombre de Pedro, las palabras de Pedro y la familia Garcés no dejaban de colarse por cada una de las grietas del pasado. Aquella pequeña foto decapitada seguía tapando el enorme grosor de una mesa de madera. Manuela le contaba todo mientras la mirada de Alonso estaba puesta en Pedro, en ese niño que mostraba la fotografía; el silencio y la ira dominaban la bilis que estaba próxima a salir por la boca. No dijo nada, y sin coger su chaqueta, que reposaba junto a la bufanda en el respaldo de uno de los sillones, abandonó la casa. Federico solo pudo ver su rostro desencajado hasta desaparecer tras la cancela.

Alonso caminaba cada vez más deprisa. No saludaba a nadie, no respondía a nadie; el frío mordía su carne que era abatido por el calor de su estómago en plena combustión de rabia y dolor. El primer puñetazo no le dolió, Pedro sangró por la comisura del labio izquierdo. El segundo cerró el aire procedente del despacho, un aire muerto de una habitación muerta que no llegó a entrar en los pulmones. Los papeles que antes ordenaban el escritorio ahora



se apelmazaban sobre las baldosas de una oficina triste y herida. Cuando levantó a Pedro del suelo lo agarró por la garganta hasta empotrarlo con toda su fe contra la pared. Alonso pudo ver la sonrisa irónica de un hombre arruinado de afecto y cariño. La sangre manchaba una camisa de rayas escrupulosamente planchada que se había convertido en olas embravecidas donde antes vivía la calma y la desgana de una vida cansada de ocultar. Fue entonces cuando aquellas palabras le derrotaron, palabras que entraron como un tiro en la nuca hasta dejarlo abatido sobre su propia sangre que se deshacía agarrada a un cuerpo que no paraba de temblar. «Sal de mi vida». Cuatro palabras, cuatro disparos, hasta ejecutarlo en el único espacio que tiene el hombre para dejar de vivir: el amor.

Alonso caminaba derrotado cuando salió de la oficina, era como haber matado a su propio hermano. Él sabía que a su espalda ya no quedaba nadie y que nada quería saber de Pedro. También sabía que, aunque la casa legalmente pasaba a manos de Manuela, el poder de la familia Garcés, el poder de su suegro y el de un país que corría hacia una democracia con los mismos jueces de una dictadura que agonizaba y un núcleo económico imposible de tocar, todos procedentes del régimen, no pararían hasta arrastrar a la Casa de la Torre al olvido.

Cuando giró en la calle de las Marquesas para coger la esquina con Sandoval, se dio cuenta de que no llevaba el abrigo puesto, el viento frío corría pegado a su camisa completamente deshecha. Desde allí pudo ver a Paco salir de la casa, lo vio cerrar la hebilla de su cartera de cuero y supo a qué había venido. Alonso abrió lentamente la cancela que poco antes había abierto con furia. A cada paso que daba veía a Manuela más cerca, quien sostenía la notificación que le había dejado el cartero. Cuando estuvo tan cerca que pudo sentir su respiración, Manuela no dijo nada y lo abrazó, ahora le daba igual la casa y todo el cansancio acumulado se convirtió en un abrazo reparador que Alonso también necesitaba, un abrazo del que sabes que al regresar a tu hogar te esperan con el alma llena.

—Un día —susurró Manuela mientras seguían abrazados, su voz era un hilo de agua que descendía por el caño de una fuente antigua—. Ahora ya no importa, no pueden echarnos, ahora yo soy

la dueña. —Sus palabras continuaban llenando de voz un estanque en el que Alonso bebía de su boca.

No entraron en la casa ni salieron fuera de las tierras. Allí, junto a las tinajas de un pasado que nunca podría marcharse, Alonso comenzó a explicarle. Manuela no quería escuchar, no quería oír, de su boca solo salía: «¡No pueden! ¡No pueden hacerlo!».

—Nunca podrán, mi vida, nunca podrán borrar nuestros recuerdos —dijo Alonso mientras intentaba calmar a Manuela—. Yo conozco a esta gente y sé muy bien hasta dónde pueden llegar para conseguir lo que quieren. Manuela, estas personas son de mala calaña aunque salgan en la prensa como salvadores de la patria, esta gente provocó una guerra para que nada cambiara y ahora están formando partidos políticos, se introducen en ellos como parásitos, compran a la gente, yo he estado con ellos, mi suegro es uno de ellos y sé que harán todo lo posible para que la Casa de la Torre se convierta en un solar pasado mañana, y si no es pasado mañana será el año que viene y si no el siguiente. Sé que no descansarán hasta ver esta casa convertida en edificios de viviendas. Manuela, esto está pasando en todo el país y si nadie lo detiene, nadie lo hará porque nadie se atreve a enfrentarse a ellos, los pueblos y las provincias perderán parte de su identidad, y un pueblo sin cultura está condenado a desaparecer. Llegará un día en que todo esto pare, pero ahora es imposible. Hazlo por ti, por nosotros, hazlo por Federico, salgamos de aquí y marchémonos lejos, comencemos de nuevo, no necesitamos nada más. Solos, los tres. Aquí vivimos una vida y fuimos felices, comencemos otra en otro lugar donde las sombras del pasado no puedan alcanzarnos.

—Aquí está mi familia, aquí está toda mi vida. —Manuela no podía dejar de llorar, apenas se le entendía al hablar.

Alonso le cogió sus manos y las llevó contra el pecho de Manuela.

—Ellos están aquí, y nunca se irán porque nunca se han marchado, pero hay momentos en la vida que uno debe aceptar la derrota, saber que a veces no podemos hacer más y entonces ese dolor que te agarra a traición y te ahoga para doblegarte, esa presión



que atrapa tu pecho aparece porque queremos continuar abrazando aquello que ya no está. Entonces, cuando lo dejamos ir, cuando aceptamos que lo que vivimos ha terminado, es cuando volvemos a empezar a vivir de nuevo.

Aquella noche Federico trajo la leña que guardaba escondida, él siempre guardaba cosas por si regresaban los soldados. Aquella noche, mientras la cruz que se alzaba en lo alto como la empuñadura de una espada caída en la batalla se ocultaba tras la espesa niebla, el testamento que el señor Ignacio escribió para Manuela fue arrojado al fuego.

De seda blanca y humo gris, las calles de Torrejón despertaron la mañana que la Casa de la Torre vio con vida su último día. La niebla llenaba el pueblo con el dolor de la luz, cubriendo de lágrimas el color de las aceras. Apenas podía verse a un metro de distancia y, en lo alto, donde el cielo acaricia con sus manos lo infinito, un avión rompía el mismo sueño que dos personas tuvieron esa noche.

El aire oscuro, oculto tras las sombras, atravesaba con la invisibilidad de su cuerpo las rejas de la propiedad. Dentro, sobre la tierra mojada de la huerta y los jardines dormidos por el invierno, el viento blanco jugaba a buscar lo perdido; cuando lo encontraba lo agarraba para llevárselo escondido y bordeaba la casa a la vez que golpeaba las ventanas; vio que por un hilo de acero oxidado donde la llave gira el portón, estaba la entrada. Dentro, el viento llamaba. En las entrañas del hogar, el aire y sus sombras bailaban y allí, sobre las teclas del piano, la muerte parecía tocar una sonata fúnebre.

Cuando tuvieron que elegir qué se llevarían y qué dejarían, Manuela y Alonso lo tuvieron claro: de la Casa de la Torre nada podían llevarse. Entendieron que nada tenían que alejar de allí porque en aquel lugar sagrado nacieron y se criaron; porque en aquel lugar la sangre de su madre, la memoria de su padre y el alma de quien amó a fuego la casa descansaban y vagaban tranquilas por las noches.

Hablaron de que podían vender la casa porque ahora estaban en su derecho, pero aquella noche Manuela y Alonso, tumbados

en el sofá igual que lo hacían los señores, comprendieron que su secreto se iría con ellos y que la dignidad y el respeto a su familia valían más que el dinero que les podían ofrecer. Y, antes de que la muerte los despertara soñando con una melodía de piano para comenzar a amortajar la piel fría y encalada de la casa, aquella noche de viento y niebla, Manuela sintió un pellizco que la hizo sentir calor, un grito de amor que escuchó dentro de ella. No podía dejar de llorar mientras Alonso no podía dejar de amarla.

Se había asegurado de que dejaran el piano en la casa de Carmen, su alumna más entusiasta. El piano y los libros fueron las únicas cosas que sacaron. Sobre los pasos de la niña, la mujer caminaba: el silencio de la mañana era un desfile de linternas y candiles entre los adoquines y la niebla. Uno a uno, fueron trasladando los libros de la biblioteca de la casa a la escuela del pueblo. Cuando Manuela se acercó al colegio para preguntar si podían ayudarla, un camino de luciérnagas comenzó a adueñarse de las calles. Los más pequeños, de la mano de sus maestras, formaban una cadena de hasta cinco chiquillos, todos con un libro en la mano; los más mayores se atrevían a transportar cantidades que cubrían su barbilla de cuentos y novelas, palabras y leyendas, poemas y más poemas, libros procedentes de los rincones más escondidos del planeta que, cuando llegaron al colegio, se extendieron por las aulas como se extienden los campos de trigo. Libros de todos los tamaños que fueron llevados entre risas y bromas cuando alguno de los muchachos se tropezaba con otro por la poca visibilidad. Se los llevaron hasta dejar vacías las estanterías donde tanto tiempo pasó Manuela de niña, aquella mujer que no tenía palabras para agradecerles tal esfuerzo y acoger todas las historias que se esconden en cada una de esas páginas. Se despidió pensando que un maestro que protege la sabiduría está esculpiendo una vida con la belleza de su voz.

Cuando regresó a casa sintió el vacío que había dejado la biblioteca llenando de pena un recuerdo al que todavía no había comenzado a acostumbrarse. Allí se percató de que Federico y Alonso no estaban. Bajó hasta el palomar, solo encontró silencio; salió al jardín, más silencio. Advirtió que tampoco estaban los perros y fue entonces cuando su sonrisa descubrió que su guardián también



había puesto a salvo a todos los animales. Sabe Dios dónde, pensó, pero tenía la certeza de que estaban a salvo.

La luna flotaba sobre la noche fría, su pergamino blanco de mirada triste descendía hasta mecer una casa que ya no vería. Hay palabras que hablan calladas, y la mirada que vela un cuerpo no llega a despedirse jamás. Sobre los muros forjados de las tardes que se marcharon y vieron el amor que dejaba la casa, Federico escribía. Manuela, que ya era dueña de Manuela, fue despidiéndose de todas y cada una de las habitaciones, lentamente, sin prisa, con el dolor que trae la vida y la belleza que siempre la acompañan. Aquel cuerpo de ventanas cerradas yacía arropado por el sudario blanco de sus paredes.

Alonso, sin pena ni miedo, fue a despedirse de lo que nunca fue; cuando nada existe entre dos personas el adiós se hace corto porque sabes que nunca nada llegó a comenzar. Antes de regresar a casa para reunirse con quien empezaba a ser su nueva familia, se recreó dibujando su mirada por los rincones de un pueblo que nunca había olvidado, lugares donde su felicidad no se había marchado y que ahora, tantos años después, aquella casa que dormía sobre el sueño profundo de los que ya no regresan le había devuelto. Al abrir la puerta de la cancela vio la mano de un niño empujando con fuerza, cuando quedó abierta permaneció por un instante parado recordando la primera vez que vio a Manuela subida sobre un montículo de arena donde no se atrevía a subir y cómo el estómago se le rompió sin saber por qué. Luego, cuando se dirigió hacia el interior para despedirse de la casa junto a Manuela y Federico, pensó que aquella cancela que se cerraba tras sus pasos nunca más se volvería a abrir.

No había despuntado el día cuando dos policías acompañados de tres operarios del Ayuntamiento caminaban rumbo a la Casa de la Torre. La vergüenza se esconde y el respeto se gana, y los dos agentes que habían crecido junto a su vecina no podían mirarla a la cara, sus ojos querían escaparse y acababan despeñándose contra una tierra que gritaba venganza. Manuela, Federico y Alonso, con las manos desnudas de equipaje, abandonaron la casa sin mirar atrás. Decidieron no alejarse y situar su corazón frente a un des-

tino que estaba a punto de entregarles su obra, aquella casa que les había unido sería enterrada bajo el amor de los que tuvieron el honor de conocerla. Nunca habrá un lugar para ver cómo un cuerpo es convertido a cenizas, nunca lo habrá porque ese lugar no existe, el dolor es tan grande que tu mirada se cierra para dejar paso a todos los recuerdos que tuviste junto a ella.

La primera excavadora alargó su brazo por poniente, fue la única vez que Manuela vio a Federico tapar su rostro para que nadie viera cómo sus lágrimas brotaban sin permiso. La segunda garra de acero entró por la calle Sandoval arrancando la mirada de una entrada para dejar paso a la injusticia, la ambición y la arrogancia de un poder que se esconde tras las faldas de su dinero. Allí, bajo la oscuridad del cielo, bajo el silencio oculto a un pueblo, la Casa de la Torre fue desapareciendo.

El amanecer es la despedida de la noche, un llanto de luz donde dos cuerpos en un espacio breve de tiempo besan su alma. Aquella madrugada, cristales verdes rompieron el grito de la mañana abrazando una montaña de escombros derritiéndose bajo la nada.

Manuela no subió la ventanilla hasta unas horas después, quería seguir respirando el aire de un pueblo que ya quedaba muy atrás. Alonso, con la mirada fija hacia delante, conducía con la tranquilidad que te entrega la verdad, mientras Federico, con el gesto indefenso, no paraba de mirar a un lado y otro del coche. Fue entonces cuando Manuela sacó del único bolso que llevaba el único libro que no entregó al colegio, acomodó su cabeza hasta dejarse acariciar por el brazo de Alonso y, en voz alta, junto al amor de su vida, comenzó a leer.







Torrejón de Ardoz
AYUNTAMIENTO



torrejón cultural

